

¿QUIEN MUTILO A EVELYN?

ADA CORETTI


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

209 — Escalofríos de muerte, *Ada Coretti*.
210 — Los muertos que no mate, *Burton Hare*.
211 — El gabinete del “Doctor Sangre”, *Curtis Garland*.
212 — Olor a muerto, *Clark Carradas*.
213 — Satán vive en nuestra casa, *Silver Kane*.

ADA CORETTI

¿QUIÉN MUTILÓ A EVELYN?

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 214
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 6.395 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

Junto a aquella caja alargada, que acababa de ver que destilaba sangre, Rosemary sintió que la suya se le helaba en las venas.

Acababa de traerla un desconocido. Al menos para ella. Había dicho simplemente:

—Para el señor Wynn.

Junto a esa caja, que tendría un metro de larga y palmo y medio de ancha, la muchacha se estremecía cada vez más, no pudiendo menos de recordar por qué estaba allí, en aquella casa grande, espléndida, de planta baja y un piso. Toda una gran mansión. Se alzaba en las afueras de la localidad de Mattersson, desafiando al resto de sus habitantes.

Se apeó del autocar, allí, en Mattersson, con la simple intención de tomar un café con leche. Puesto que el autocar iba a estar detenido unos diez minutos, le sobraba tiempo. Pero tuvo la ocurrencia de echar una ojeada al diario de la localidad y entonces vio el anuncio. Se solicitaba una profesora de piano. El sueldo era magnífico. Sin necesidad de pensárselo más, decidió quedarse.

Le preguntó al dueño del bar si quedaba lejos aquella dirección, la que anotaba el anuncio. Fue entonces cuando un joven alto, atlético, que le dijo llamarse Leo Murray, y que estaba tomándose un whisky junto a la barra, se metió en la conversación.

—Yo de usted no iría a esa casa.

—¿Por qué no...? —quiso saber ella, tomándole, más que nada, por un entrometido.

—El dueño de esa casa es un asesino —se lo soltó sin rodeos, a puro bocajarro.

—¿De veras...? —no había terminado de tomarle en serio—. ¿De veras es un asesino...?

—Mató a cuatro miembros de la familia Greene.

—Y si hizo eso, ¿cómo es que está libre...? Es un contrasentido, ¿no cree usted?

—Nadie ha podido demostrar que fuera el culpable, y menos que nadie la policía

—Dijo el aludido, tras beberse el whisky de un solo trago—. Créame —insistió—, no vaya allí, continúe adelante con el autocar. Sería una pena que pudiera sucederle algo malo a una chica tan bonita como usted —y le sonrió.

Pero Rosemary no hizo caso del consejo y allí estaba...

En honor a la verdad, ya muchas veces antes de ahora se había arrepentido de su decisión, sintiendo miedo. Desde que llegó a aquella casa, sentía la misma sensación que si la hubieran metido en una nevera, impidiéndole salir.

Junto a aquella caja alargada, que conforme ella avanzaba iba chorreando sangre y dejando sus manchas i en el suelo, su miedo se hacía mayor, se acrecentaba, se hacía insoportable.

Hubiera podido irse de allí, de aquella casa, claro que sí, razonaba mientras seguía avanzando con la caja entre las manos. Pero Ronald Wynn le había impedido hacerlo. Quieras que no, le hizo desistir de su idea. Era de esos hombres, de fuerte y acusadísima personalidad, que sin obligar concretamente a nada, saben forzar prácticamente a todo.

Pero, sí, cada vez le había cogido más miedo a Ronald Wynn. Y le tuvo pánico, cuando empezó a enterarse de las muchas cosas que se decían de él.

¿Qué podía contener aquella caja, de la que cada vez salía más sangre? Sus brazos, temblorosos, apenas podían sostenerla.

Había subido ya la ancha escalera de mármol, llegando al despacho particular de Ronald Wynn. Un hombre de unos cincuenta años, de regular estatura, de ojos oscuros que parecían haber acaparado toda la sagacidad del mundo.

—Señor Wynn, han traído esto para usted... —y tartamudeando, con la lengua pegada al paladar—, Sale san...san...sangre...

Ronald Wynn alzó el rostro. Sus facciones se habían alterado, crispado violentamente, quedando todo él con una palidez realmente cadavérica.

—Acerca el paquete.

Rosemary lo colocó sobre la mesa de escritorio, sobre unos papeles que en seguida quedaron siniestramente teñidos de rojo. Pero estaba tan nerviosa, que no acertó a hacerlo mejor.

Con sus propias manos, esas manos que nunca habían temblado ni vacilado por nada ni por nadie, Ronald Wynn abrió el paquete. Rápidamente. Apresuradamente. En esta ocasión sí vacilaban, sí temblaban sus manos. De una manera lamentable, casi ridícula.

Cuando el contenido de la alargada caja quedó a la vista, Rosemary gritó.

¡Allí había una pierna de mujer! ¡Amputada a la altura del medio muslo! ¡Recién cortada o, poco menos, a juzgar por el aspecto que la misma presentaba!

Ronald Wynn no gritó. ¡Rugió!

Como si fuera una fiera acorralada y aquel su único lenguaje... ¡Rugió del modo más terrible, más amenazador! ¡Rugió como si quisiera hacer temblar la tierra!

Pero aquel hecho espeluznante, monstruoso, demencial, sólo había sido el primer acto.

Pronto llegó el segundo, convertido en una segunda caja, de idénticas y análogas características.

—Un nue...nuevo... en...envío..., señor Wynn —le comunicó Rosemary, como mejor supo.

Ronald Wynn se tambaleó. Ni puro borracho hubiera podido su cuerpo vacilar más de un lado para el otro.

Al abrir la caja, apareció una segunda pierna. No cabía duda, era semejante a la primera, pertenecía a la misma víctima.

Se repitió el rugido. Un rugido terrorífico, siniestro, sencillamente

pavoroso.

Sin embargo, aquella tragedia constaba de cuatro actos. Exactamente cuatro. ¡Ni uno menos!

Llegaron, pues, dos paquetes más.

Se trataba de los brazos de aquella infeliz y desgraciada víctima. Cortados en lo alto, a la altura de los hombros, junto a los sobacos.

De pronto, Ronald Wynn dejó de rugir...

Entonces fue directamente hacia un cajón, lo abrió y sacó de allí una pistola. La cargó. Sus manos habían dejado de temblar por completo. Sus ojos, empero, seguían lanzando llamaradas de incontenible furor, de frenética fiereza.

Pero cuando se dispuso a salir de la casa, no pudo hacerlo. Le resultó imposible.

En aquel preciso instante llegaba la policía.

Una policía que, para evitar su posible evasión, había acordonado la casa y vigilaba todas las salidas. Iban a detenerle. Acababan de encontrarse pruebas de que había sido él quien había asesinado a los cuatro hermanos Greene. Un hecho fortuito le había delatado.

* * *

—¿Se acuerda de mí...? —Preguntó Leo Murray—. Le aconsejé que no fuera a aquella casa.

—Debí hacerle caso —reconoció Rosemary, muy impresionada todavía—. Ha sido todo tan horrible...

—Soy periodista —le hizo saber Leo Murray—. Había ido a Mattersson, para escribir unos cuantos artículos... Todos ellos relacionados, precisamente, con Ronald Wynn... Ya que usted ha vivido tan de cerca esos últimos hechos, ¿quiere relatármelos para que yo pueda lucirme más y más con el director de mi periódico?

Se lo pidió con la sonrisa en los labios. De un modo sencillo, natural y simpático. Rosemary no pudo negarse.

—Si lo desea...

—La invito a cenar. Mientras tanto me lo explica todo, ¿qué le parece?

—Me parece que se me va a cortar la digestión.

—Pediremos bicarbonato —bromeó Leo Murray.

—No será mala idea... —y Rosemary también se esforzó por bromear.

Ya en el restaurante, con la elegante mesita entre ambos, Leo Murray le dijo que sería mejor que se tutearan. Como dos buenos y sinceros amigos.

—Lo que vamos a ser desde ahora —puntualizó.

—De acuerdo... —y mientras asentía, la muchacha pensó que el periodista era un buen ejemplar de hombre.

Por lo visto él estaba pensando lo mismo de ella, aunque al reverso, claro, ya que dijo:

—Eres una chica de campeonato, Rosemary. Al más frío eres capaz de cortarle la respiración...

—Hemos venido a hablar de un cuerpo mutilado, ¿no? —le puso en el camino a seguir—. Así que...

—Bien, bien —se rió él—. Pero primero cenemos. ¿Qué te apetece? Con los postres, eso sí, champaña... Inevitable... Para brindar por nosotros dos...

Lo pasaron bien. Simpatizaron.

Sin embargo, cuando llegó la explicación de la muchacha, Leo Murray, que llevaba su profesión dentro, calada hasta lo más hondo, tuvo que fruncir el entrecejo. No lo entendía. Encontraba demasiados cabos sueltos. Se las daba de ser un perito en el arte de deducir, pero ahora, esa facultad suya, no le bastaba en absoluto. Se estrellaba ante tanto misterio, ante tanta incógnita.

—Yo te he referido lo que sé —repuso ella con un leve encogimiento de hombros—. Otra cosa no puedo hacer.

—Pero, bueno —Leo Murray quiso detallar—, tú entraste en la casa como profesora de piano. Pero profesora, ¿de quién?

—De Evelyn, la hija única de Ronald Wynn.

—Pero Evelyn no estaba en la casa.

—No, y ni siquiera llegué a conocerla. Oí decir que se hallaba en Nueva York, pasando unos días con una amiga.

—¿Qué edad tiene?

—¿Evelyn?

—Sí, a ella me refiero.

—Unos veintidós años. Eso me dijo el mayordomo.

—Entonces, dime, ¿a qué se redujo, en ausencia de Evelyn, tu trabajo en la casa?

—A nada concreto. Procuraba ser útil en alguna que otra cosa, pero en realidad me estaba limitando a esperar a mi futura alumna. Me dijeron que tardaría en llegar.

—¿Que decía, qué opinaba la servidumbre del dueño de la casa?

—A juzgar por sus extraños silencios, preferían no tocar ese tema. Sólo hablaba de vez en cuando Fred, el viejo mayordomo.

—¿Qué decía? —preguntó.

—Que aguantaba allí por el sueldo que era muy generoso, de lo contrario ya se hubiera marchado. No le gustaba permanecer en aquella casa. El señor Wynn le daba escalofríos.

—¿Te habló alguna vez de la familia Greene, más exactamente de los hermanos Greene?

—Sí. Decía que eran una excelente familia, todos ellos muy amables y muy buenas personas. No, no sospechaba los motivos por los que Ronald Wynn pudo eliminarles... Sólo sabía, lo que sabía todo el mundo, que bastó una bala para cada uno de ellos... Cuatro disparos de escopeta... Cuatro muertes instantáneas...

—Los hermanos Greene eran cinco. Así al menos me lo han asegurado.

Así, pues, queda un superviviente.

—Sí, el hermano menor. Estaba ausente.

—¿Y qué me dices, Rosemary, de esos miembros amputados...?

—El señor Wynn, al respecto, no dijo nada, no despegó los labios, enmudeció siniestramente. Mejor dicho, se limitó a rugir... Yo me quedé sin saber más que lo que vi... En realidad, casi lo prefiero así —y añadió—. No quisiera volver a Mattersson en el resto de mi vida.

—Creo que tienes razón.

Parecía, en efecto, que la pesadilla hubiera ya concluido.

Pero lo cierto es que se había limitado a empezar.

Y quieras que no, Rosemary tendría que volver a Mattersson.

CAPITULO II

Ronald Wynn aceptó ante los jueces su culpabilidad. Realmente ya no estaba en condiciones de otra cosa. Cualquier otra postura hubiera resultado inútil y absurda.

Fue condenado a la cámara de gas.

Tales acontecimientos, los referentes a los hermanos Greene, los siguió Rosemary a través de los periódicos. Si bien creía, como es lógico, que ella se hallaba en realidad al margen de todo aquello. Porque todo aquello ciertamente no le incumbía.

Pero nunca en su vida estuvo más equivocada que en aquella ocasión y pronto pudo constatarlo así. Para eso le bastó y sobró recibir la visita de Leo Murray. Quien sin rodeos, apenas llegó a su presencia, le hizo saber:

—Ronald Wynn te ha convertido en su heredera.

—¿Queeeé...? —y Rosemary se quedó inmovilizada, incapaz de asimilar aquello.

Incapaz, por tanto, de reaccionar.

—Con ciertas condiciones —puntualizó Leo Murray.

—No bromeas, ¿verdad? —preguntó la muchacha con un hilo de voz.

Sinceramente hubiera deseado que sólo fuera eso, una broma. Presentía que, de ser eso cierto, algo horrible y maquiavélico se iba a cerner sobre ella.

—Es cierto —dijo Leo Murray, escueto.

—Pues no lo comprendo... ¡Esto es absurdo! ¡Esto es realmente incomprensible! ¿No opinas como yo?

—Depende —de nuevo fue breve, escueto.

—¿De qué depende? —preguntó ella.

—Ignoro si os han unido relaciones sentimentales, o íntimas —apuntó—. Lo que no me extrañaría, ya te dije que me parecías una muchacha de campeonato...

—¡No! ¡No! —Protestó Rosemary—. Entre él y yo no hubo nada, en absoluto. ¿Cómo se te ocurre pensarlo? Yo soy una chica seria.

Leo Murray la abrazó, tras respirar hondo.

—Me quitas un peso de encima, Rosemary. Por un momento había llegado a temer que no lo fueras.

—Pero, bueno, ¿tú cómo sabes lo de la herencia?

—He ido a visitarle a la cárcel —le explicó Leo Murray—. La interviú a un hombre condenado a la última pena es algo que interesa y seduce mucho a los lectores, que desde luego tienen algo de morbosos... Me temía que se negara a hablar conmigo, pero me ha recibido sumamente cordial... Tanto, verdaderamente, no podía esperarlo en sus circunstancias. Al poco, no ha tardado en decirme que había oído hablar de mí...

—¿Como periodista?

—No, se refería a otra cosa. A que estaba informado de que, últimamente,

tú y yo salíamos juntos. "Por lo que —me ha dicho— voy a permitirle mezclarle directamente en este asunto..."

—¿En qué asunto? —quiso saber Rosemary.

—Eso le he preguntado yo. Me ha respondido que, puesto que alguien tenía que ponerte a ti en conocimiento de sus últimas voluntades, nadie mejor que yo para hacerlo... El notario para dejarlo todo debidamente legalizado, yo para informarte de un modo personal y discreto... Así, pues, me ha puesto al corriente de todo...

—Y resulta que me deja convertida en su heredera, ¿no es eso? ¿Pero qué sentido tiene esto?

—No lo tiene —razonó Leo Murray—. Esto es lo verdaderamente gracioso del caso.

—Yo no le veo la gracia por ninguna parte.

—Se tratará, una vez ya efectuadas las indemnizaciones a que le obliga la ley hacia los familiares de sus víctimas, de una fortuna de doscientos millones de dólares. El caso puede no ser enteramente gracioso, pero sí, convén conmigo, en que es absolutamente impresionante... Que te dejen una fortuna así, no sucede todos los días.

—¿Y su hija Evelyn...? Si me deja el dinero a mí...

—A ella le lega la casa de Mattersson y un millón de dólares. El resto es para ti.

—Antes me has hablado de ciertas condiciones... —y las palabras apenas le salieron, porque la saliva, acumulada en su garganta, se las atragantaba.

—¡Ah, sí! Hay dos condiciones o cláusulas indispensables... Sin llevarlas estrictamente a cabo, la fortuna no llegará a tus manos.

—¿De qué se trata?

—El día veinte del próximo mes, Ronald Wynn morirá en la cámara de gas. Te guste o no, deberás presenciar la ejecución de esta última pena...

—¡No! —se horrorizó sólo de pensarlo.

—Después —prosiguió diciendo Leo Murray— deberás ir a vivir a Mattersson, a aquella casa... Allí deberás permanecer tres meses, ni un día menos.

—No me gusta todo esto —confesó la muchacha, estremecida—. Parece como si hubiera gato encerrado.

—No es que lo parezca —dijo Leo Murray—, es que lo hay. Pero no tengo ni idea de qué gato pueda tratarse.

CAPITULO III

Llegó el momento de la ejecución.

Un momento impresionante, espantoso, verdaderamente horrible. No basta imaginarlo. La imaginación queda corta. Lo que en sí encerró de pavoroso, se desbordó dentro de sí mismo anegándolo todo con el más increíble de los horrores.

Rosemary sentía que las rodillas le flaqueaban, que las piernas no le sostenían, que la cabeza se le iba. Tuvo que apoyarse en el brazo de Leo Murray para poder mantener el equilibrio.

Pero Ronald Wynn se dejó ver, ante los que iban a presenciar su ejecución, como si aquella sentencia no fuera para él. Luego entró en aquella siniestra cabina encristalada, como quien se dispone, ni más ni menos, a dar un simple paseo.

Sólo cuando estuvo ya implacablemente sujeto a la silla, todo a su alrededor herméticamente cerrado, empezando ya a fluir el gas mortal, él, Ronald Wynn, alzó los ojos y los clavó en Rosemary.

No había querido verla ni hablarla mientras estuvo en la cárcel. Sólo ahora la miraba.

¡Y de qué forma! ¡Sus pupilas parecían brasas candentes sacadas del propio infierno! ¡Pero la más espeluznante era que parecía reírse, burlarse de los demás!

Debía ser, no obstante, una mera apreciación... Ronald Wynn sabía de sobra que pocos minutos después habría dejado ya de existir. No podía, por tanto, burlarse ni reírse de nadie.

Pero, no, no era aquélla una simple apreciación de los que le miraban.

Aquel hombre moría gozoso, feliz. Como quien a última hora da a su peor enemigo un terrible e inapelable jaque mate.

Sí, estaba seguro de su jugada, y el placer que sentía le asomaba por la mirada.

No podía fallarle...

Convencido de ello, terminó echándose a reír... A reír fuerte, a carcajadas.

Muchos creyeron que había perdido el juicio, que se había vuelto loco, que en los últimos instantes se había desequilibrado.

Pero él, Ronald Wynn, sabía que moría en pleno uso de sus facultades mentales.

CAPITULO IV

Rosemary llegó a Mattersson en un día lleno de humedad, cargado de niebla, plagado de malos augurios.

—Aquí la niebla, por estas fechas, es muy corriente... —le dijo el jefe de la estación—. Pero cuando se es joven no se tiene reúma, así que usted no tiene por qué preocuparse...

Cuando hizo sonar el timbre de la casa y Fred, el viejo mayordomo, le abrió la puerta, le agradeció enormemente su amable sonrisa y sus palabras:

—Sea bien venida, señorita Rosemary. Todos le estábamos ya esperando.

No puntualizó quiénes eran "todos". Pero Rosemary supo ya, sin necesidad de más, que el notario les había puesto al corriente de su llegada y demás pormenores. Esto era de momento lo más importante.

—Llevaré sus maletas a la habitación que le he preparado, una de las mejores de la casa. Espero que lo encuentre todo bien dispuesto.

—Gracias, Fred.

En aquel preciso momento se oyó el grito...

Y tras éste, otros. Fuertes, desaforados, que hicieron retemblar las paredes de la enorme casa.

—¿Qué sucede? —preguntó Rosemary, asustada.

No le respondió el mayordomo.

Lo hizo una mujer de mediana edad, bastante alta, de buena figura, discretamente vestida, que peinaba sus negros cabellos con raya en medio, sujetos en la nuca en un moño apretado.

—Es Evelyn... —y sin darle más explicaciones, quizá creyendo que no las necesitaba—. Buenas tardes, señorita Rosemary.

—Pero ¿qué le sucede a Evelyn? —preguntó la muchacha, no pudiendo comprender el porqué de aquellos espantosos gritos.

—No se encuentra bien —se limitó a decir la mujer en esta ocasión—. Tiene hoy muy mal día...

—Pero ¿qué le sucede? —Volvió a inquirir de nuevo—. Para gritar de este modo... Ha sido horrible, espantoso, me he quedado con los tímpanos taladrados...

—Si quiere usted verla —se ofreció la mujer— ella estará, por su parte, encantada de saludarla.

—Sí, claro que deseo verla...

Sería un momento violento, lo sabía antes de llegar allí, pero tenía que pasar por eso. Lo que antes no sabía era que a Evelyn le sucedía algo, e importante, sin duda gravísimo, cuando había gritado de aquella forma tan espeluznante.

—Sígame —dijo la mujer.

Conocía la casa. No en vano había estado allí tiempo atrás, cuando le hizo quedarse en Mattersson un simple empleo de profesora de piano. ¡Qué lejos

estaba ya todo aquello!

Y por eso, porque conocía sobradamente la casa, se sorprendió al ver las modificaciones que en ella se habían efectuado. Bueno, no eran exactamente modificaciones. Sólo que...

Por todas las paredes, como adorno que en buena lógica no podía complacer a nadie, se veían hachas... Más grandes, más pequeñas, las había de todos los tamaños y formas.

—¿Qué significa esto? —preguntó Rosemary.

—Un deseo del señor Wynn —dijo la mujer—. Del señor Ronald Wynn, que en paz descanse.

—¡Ah! —y se quedó hondamente estremecida, pero sin saber, ni por asomo, qué pensar.

Subió la ancha escalera de mármol. Llegó hasta el piso. Alcanzó, guiada por la mujer del moño negro, apretado en la nuca, la puerta de un dormitorio.

—Puede pasar...

Rosemary entró en aquella estancia. La ventana estaba abierta y la niebla se colaba dentro. Pero el día no había declinado del todo, y aún se veía en la estancia.

En el lecho aparecía acostada una joven. A causa de la niebla, o de lo que fuera, debía tener frío, porque se cubría con la sábana hasta más arriba de los hombros.

—Soy Evelyn —dijo la joven—. Me alegro de conocerte, Rosemary. Porque tú eres Rosemary, ¿verdad?

—Sí... —dijo la muchacha, desconcertada ante aquella sonrisa que le dedicaba. No podía esperarla, ni mucho menos, después de aquellos horripilantes gritos.

—Eres muy guapa —repuso Evelyn.

—Tú sí que lo eres... —y le devolvió la gentileza, pero no por simple cumplido, sino porque los ojos de Evelyn eran preciosos y asimismo era preciosa su sonrisa.

—Mi padre te lo ha dejado casi todo a ti... —Evelyn seguía sonriendo—. No creas que por eso te considero mi enemiga, en modo alguno... A mí, con esta casa y un millón de dólares, ya me basta. ¿Para qué tendría que necesitar más...? Además —puntualizó— que para mí está bien hecho todo lo que hacía mi padre.

—Te agradezco tanta comprensión. Aunque la verdad es, Evelyn, que yo soy la primera en no saber por qué tu padre pensó conmigo al hacer su testamento... ¿Lo sabes tú?

—Eres muy joven, muy atractiva —dijo Evelyn, simplemente—, se enamoraría de ti.

—No, no creo que fuera eso... Nunca me dijo nada, nunca me hizo la menor insinuación... —y agregó—: Pero dime, Evelyn, ¿qué te pasa...? ¿No te encuentras bien...?

—Creía que lo sabías —la joven había dejado de sonreír.

—Saber, ¿qué? —preguntó Rosemary.

—El porqué estoy en la cama.

—No, no lo sé.

—Explícaselo tú... —dijo Evelyn, dirigiéndose a la mujer del moño negro, apretado. Y alzando la voz—: ¡Pero hazlo de una vez, sin vacilaciones, sin miramientos, como yo deseo y te lo exijo que lo hagas!

La mujer del moño cogió la sábana que cubría a Evelyn, y de pronto, sin más, la tiró hacia abajo, casi la arrancó del lecho. El cuerpo de la joven, por tanto, quedó al descubierto.

Entonces Rosemary se percató de lo demencial que era aquello que sus ojos contemplaban.

El cuerpo de Evelyn carecía de extremidades. No tenía piernas ni brazos. Era sólo un tronco.

Rosemary sintió que todo daba vueltas a su alrededor. Cayó desvanecida al suelo.

* * *

En cuanto recuperó el conocimiento, recordó la visión horrible, atroz, que había motivado su desvanecimiento.

Se sintió jadear, llena de angustia.

Miró a su alrededor. Estaba en un dormitorio amplio, lujoso. La cama en que se hallaba acostada, era cómoda, mullida. A su lado, la mujer del moño negro y apretado.

—¿Se encuentra mejor? —oyó que le preguntaba.

—Sí, ya estoy bien.

—Debí prevenirla... La culpa ha sido mía. Supuse que lo sabía. Como usted se hallaba en esta casa, cuando el señor Wynn, que en paz descanse, recibió los paquetes... —y agregó—: Yo, por aquellos días, estaba de vacaciones...

—No, no sabía que aquellos miembros fueran los de su hija Evelyn. Pero..., pero... —y su jadeo aumentó— ¿quién fue el monstruo capaz de cometer semejante salvajada...? —No ha podido averiguarse. Ni siquiera la pobre Evelyn lo sabe. Resulta enloquecedor, ¿no cree usted?

—Sí, ciertamente —asintió. Y tras unos segundos de pausa—. Por favor, señora...

—Sutton. Para servirla.

—Se lo ruego, dígame dónde hay un papel y bolígrafo. Necesito escribir una carta.

—En seguida le traigo lo que desea, pero siga en la cama mientras tanto. Necesita un poco de reposo.

Cuando la señora Sutton regresó al dormitorio, Rosemary se había levantado ya. Se sentía impaciente, anhelante, por escribir aquellas líneas.

Sin embargo, el impacto recibido había sido demasiado fuerte, así que,

cuando concluyó de escribir aquellas pocas líneas, la verdad es que había agotado sus energías, estaba agotada, exhausta. Hasta tal extremo, que no se vio capaz de cerrar el sobre. Se dirigió de nuevo hacia el lecho, dejándose caer sobre las almohadas.

—Cierre usted la carta, señora Sutton. Y se lo ruego, haga que salga inmediatamente. Ha de llegar lo antes posible a su destinatario.

—Lo que usted mande.

Poco después, la señora Sutton, ya en la planta baja de la casa, llamaba al mayordomo.

—Fred... —le dijo—, eche esta carta al correo. Dése prisa, es urgente... —subía de nuevo ya la escalera, cuando alzó la voz—. Fred, por favor, cierre el sobre... Tenía que haberlo hecho yo, me he olvidado...

—Ahora mismo, no se preocupe.

Pero en lugar de cerrar el sobre en seguida, Fred tardó unos minutos en hacerlo. Antes fue a dar un encargo a la cocinera.

Tardó, pues, unos minutos en cerrar el sobre.

Pero durante esos pocos minutos, una persona se acercó al sobre aún sin cerrar y metió allí dentro un papel. Después, esa misma persona alargó la mano y acarició una de aquellas hachas, que pendían siniestramente de las paredes.

Después acarició otra...

Seguidamente, una tercera...

Sonrió diabólicamente mientras murmuraba:

—Todas están recién afiladas...

CAPITULO V

Acababa de leer la carta que le había enviado Rosemary. Era un apremiante y angustioso S.O.S.

Pero la inquietud de Leo Murray creció, cuando leyó el papel que iba allí metido, en aquel mismo sobre.

Decía, escrito evidentemente con la mano izquierda:

"No venga a Mattersson. Se juega la vida."

Dentro de su inquietud, pues no soportaba ni la idea de que a Rosemary pudiera sucederle alguna desgracia, Leo Murray sonrió. Semejante amenaza era muy poca cosa para él. Quien se la enviaba demostraba no conocerle ni por asomo.

Poco después, le exponía al director de su periódico los motivos que iban a exigirle desatender sus obligaciones profesionales.

—Me resulta imposible darle el permiso que me pide, Murray. El periódico no puede prescindir de sus servicios. Le necesita al pie del cañón —fue la respuesta que recibió.

—Pero ¿es que no me ha entendido, jefe? —Colocado con su alta estatura frente a la mesa del director, puso un gesto grave, y a la vez impaciente—. Esa muchacha necesita que la ayude.

—Hágase cargo, Murray, usted no puede desatender sus obligaciones cada vez que una chica necesita su ayuda.

—Esa muchacha es algo especial para mí... —y puntualizó—, ¿no se da cuenta, jefe? Voy a casarme con ella.

—¿Casarse...? —se asombró. Conocía a Leo Murray y sabía que le gustaban todas, pero, en consecuencia, ninguna en particular—. No sabía que tuviera novia,

—Si no la tengo... Pero la tendré, y será ella. Además —hizo constar— que la ayuda que necesita de mí esa muchacha es de vida o muerte. Se masca. No es, pues, para tomárselo a broma.

—Bueno, bueno... —se resignó el director del periódico—, si tan grave considera que es la cosa... Le concedo el permiso que me pide. Pero regrese en cuanto pueda.

—No se preocupe, así lo haré. Y vendré con unos impresionantes artículos —prometió—, délo por hecho. Esto también se masca.

Ya se alejaba Leo Murray hacia la puerta.

—Un momento —le detuvo su jefe. Quien añadió—: Si tan peliagudo es el asunto que le lleva a Mattersson, para mí que se olvida de algo, Murray.

—¿A qué se refiere?

Abrió el cajón central de la mesa del escritorio y sacó de allí una pistola.

—Llévesela, Murray. Por si las moscas.

Leo Murray sonrió, mientras apartaba su americana y demostraba a su jefe que, bajo la axila, llevaba ya colocada una automática de primera categoría.

—Por si las moscas —repitió.

—Ya me extrañaba que fallara en algo, Murray —rezongó.

* * *

A última hora se le estropeó el coche, así que optó por ir a Mattersson en tren. No podía esperar a que le arreglasen la avería. Dadas aquellas apremiantes circunstancias, hubiera sido, quizá, darse el lujo de esperar demasiado.

El jefe de la estación le informó.

—La casa por la que me pregunta está en las afueras, hacia el norte. No hay confusión. Es la única.

Leo Murray, con una pequeña maleta en la mano, se dirigió hacia allí. Aceleraba el paso, pues las sombras de la noche se le estaban echando encima. Además, la niebla se iba haciendo más densa y tupida cada vez.

No era hombre propenso a impresionarse por pequeñeces, pero prefería no correr riesgos inútiles. Eso no servía de nada.

Unos diez minutos después, había dejado ya atrás la pequeña localidad, aunque aún no veía la casa de Ronald Wynn. Pero estaba en esa dirección, así que pronto daría con su silueta.

De pronto oyó un ruido.

Casi imperceptible, pero indudablemente un ruido.

Alguien rondaba por allí.

Se puso tenso, preparado a recibir cualquier clase de ataque. Incluso el más inesperado. Sabía, después de la, gentil bienvenida que de antemano le habían enviado, que todo era posible.

Miró a su alrededor.

Matorrales a derecha e izquierda. Altos matorrales, que parecían querer dar opción a que alguien se escondiera tras ellos. Algo más allá, un atajo.

En eso, alguien apareció ante el joven periodista. Era un sujeto de unos treinta y tantos años, muy pobremente vestido, de expresión alelada. Bastaba echarle una ojeada encima para comprender que era un retrasado mental. O un actor de primera línea... Cualquier posibilidad había que admitirla, y por tal que tenerla presente.

—Señor..., señor... —le dijo, acercándosele.

—¿Es a mí? —preguntó Leo Murray.

—Sí, sí... —y le tendió un papel—. Esto es para usted... Léalo... Léalo bien...

—¿Para mí? —si se había asombrado, desde luego no lo reflejó. Su rostro había permanecido realmente imperturbable—. ¿Para mí, ha dicho...? ¿Quién se lo ha dado?

—No lo sé —murmuró.

—Cómo no va a saberlo...

—De veras, no lo sé —y se alejó de allí, echando a correr, y desapareciendo por entre los matorrales.

Como una ardilla que conociera bien su escondrijo.

Leo Murray desplegó el papel. Pero a pesar de tener una vista excelente, de puro lince, la oscuridad era ya muy intensa y la niebla muy tupida, así que tuvo que sacar el encendedor.

Sólo ante el resplandor de su llamita pudo leer el contenido de aquel papel. La misma clase de letra. Le era ya familiar, qué duda cabe.

"No siga adelante. No coja el atajo. No llegue a la casa de Ronald Wynn."

Con gesto indiferente, o más bien de desdén, arrugó el papel, arrojándolo lejos. No valía la pena hacer otra cosa.

Siguió adelante, sin vacilaciones. Dispuesto a llegar, y cuanto antes, ante la presencia de Rosemary. Más que nunca estaba convencido de la necesidad que tenía de su ayuda. Una ayuda que, por descontado, iba a brindarle incondicionalmente.

Llegó junto al atajo.

Pudo seguir adelante por la carretera, pero el atajo le tentó, le sedujo... ¿No le decía la nota que no la cogiera...? Pues él siempre había sido así, inquieto, curioso, métete en todo... Además, no soportaba bien las prohibiciones. Le daban alergia.

Enfiló por el atajo. Pero con precauciones, claro. Sin fiarse ni un pelo de las sombras que le rodeaban. Ni de la niebla que se le calaba dentro. Ni del aire que respiraba.

Fue poco más allá, ya se perfilaba relativamente cerca la espléndida silueta de la casa a la que se dirigía, cuando vio, junto a unos árboles, un cofre de madera.

¿Qué haría allí aquel cofre? ¿Quién lo habría abandonado en aquel lugar? ¿Qué contendría?

Demasiadas preguntas para dejarlas sin respuesta. El acicate de la curiosidad, espoleaba... Leo Murray, por tanto, se dirigió hacia allí. Si bien redoblando sus precauciones. No era cosa de hacer el tonto. Y menos él, que se las daba de listo.

Ya junto al cofre, se decidió a abrirlo. Pero lo haría con una cuerda que llevaba en su pequeña maleta, desde lejos, por si se trataba de alguna broma. Las bromas, y menos las pesadas, nunca le habían gustado.

Pero apenas puso el pie junto al cofre, oyó un crujido bajo la planta de su zapato. Indudablemente, con su peso había roto alguna rama oculta tras la hojarasca que en aquel lugar cubría el suelo.

No le hizo falta más para comprender que, tal como se lo estaba temiendo, aquel cofre no era más que una celada, una encerrona, una trampa...

Y dado la clase de crujido que había oído, y la cantidad de árboles que habían por allí, una trampa fácil de deducir.

La rapidez de sus reflejos tenía que salvarle. No podía confiar en nada más.

Se echó hacia un lado con la rapidez de un rayo, de una forma sencillamente meteórica.

Ya para entonces, al quedar sin contención la rama doblada de uno de aquellos árboles, ésta se disparó hacia arriba, no sin antes pasar junto al cofre de madera. En la punta de la rama había sujeta un hacha, y su cortante filo cruzó por allí como una silbante exclamación. Exactamente por donde tenía que haber estado la cabeza de Leo Murray.

—Vaya..., vaya... —chasqueó la lengua el periodista.

Luego se levantó y siguió adelante.

CAPITULO VI

Cuando la muchacha le vio aparecer, se echó llorando en sus brazos, y allí se quedó, sollozando, durante un largo rato.

—Cálmate, Rosemary. Ya me tienes aquí —y Leo Murray agregó, para animarla—: Y no voy a dejarte sola, hasta que todo quede debidamente aclarado.

—Ven, Leo, tengo que explicártelo todo... —ya más calmada, la muchacha le condujo a una estancia de la planta baja, cuya puerta cerraba instantes después—. ¡Si supieras...!

Le refirió el estado en que había encontrado a la pobre Evelyn, y le puso al corriente de la sensación de angustia, de peligro y de muerte, que ella sentía que se le calaba por todos y cada uno de los poros de su piel.

—Necesito tenerte aquí, a mi lado —terminó, diciendo—. De lo contrario, no me veo capaz de continuar en esta casa. Ni por doscientos millones de dólares, ni por todos los millones del mundo. Ya sé que tú pensarás que todo son aprensiones mías, meras figuraciones...

Leo Murray no pensaba eso. Tenía sobrados motivos para creer, por el contrario, que la sensación de la muchacha se ceñía estrictamente a la realidad que rodeaba a los habitantes de aquella casa. Una realidad sobrecogedora, trágica, siniestra, con doble fondo .

Y tenía que dar con ese doble fondo, porque ésa sería, la única manera de saber de dónde partía el peligro.

—Tranquilízate, Rosemary.

La muchacha le habló seguidamente de las hachas... El mismo podía verlas y contemplarlas por todas las paredes de la casa. Evelyn había mandado colocarlas, siguiendo uno de los últimos deseos de su padre antes de ser conducido a la cámara de gas.

—¿Con qué finalidad están colocadas...? —Preguntó Leo Murray—. ¿Te lo han dicho?

—No. Ni yo me he atrevido a preguntarlo.

—Comprendo.

—Además —puntualizó Rosemary—, aquí resulta todo sobrecogedor... Sí, todo, desde esas hachas cuyos filos cortantes parecen ansiosos por cortar carne humana, hasta las visitas que ayer recibí...

—¿A qué clase de visitas te refieres? —quiso saber.

—A Jim Keene... A David Stone... A Bill Curtís... —y aclaró—: Los tres viven en Mattersson. Los tres, ¿sabes?, querían casarse con Evelyn... Compréndelo, Leo, resulta horrible verles de nuevo por aquí... Doblemente horrible, porque ahora no les trae por esta casa ni siquiera la compasión...

—¿Pues qué les trae? —se interesó.

—Lo de siempre, los millones de Ronald Wynn... Los millones que ahora son míos... Saltan a la vista sus intenciones, en franca pugna...

—¿Quieres decir con esto —preguntó Leo Murray— que los que antes fueron admiradores de Evelyn, se van a convertir en tuyos...?

—Me lo estoy temiendo. Y no lo dudes, es una sensación agobiante, estremecedora. ¡Oh!, no sé cómo expresarme, pero, créeme, cada vez que pienso en la pobre Evelyn se me pone la carne de gallina...

—Uno por uno, ¿qué opinión te merecieron?

—Análoga, idéntica... Son tres jóvenes arrogantes y guapos, y cínicos, capaces de todo por lograr el dinero que ambicionan. Quizá, quizá, el más simpático sea Bill Curtis.

—Háblame ahora de la servidumbre. Para que me ponga en situación y empiece a hacerme una idea más concreta de cuántos personajes va a tener esta comedia.

—¿Comedia...? —Ironizó la muchacha—. Tenías que haber dicho tragedia.

—No lo he dicho para no asustarte.

—¡Pero si ya estoy asustada de arriba abajo! Pues está Fred... —empezó a enumerarlos—, es el mayordomo, un hombre mayor, agradable, que sabe estar siempre en su sitio. Está la cocinera, baja, gruesa, colorada... Está la doncella, jovencita y pizpireta, que sólo piensa en reunirse los días festivos con su novio... Y está la señora Sutton, la encargada de atender a Evelyn. Es una mujer competente, afanosa, que desempeña su cometido con toda la paciencia precisa, que tiene que ser mucha, dado que Evelyn sufre muy a menudo accesos de furiosa, incontenida y colérica desesperación. ..

—Lógico.

—Por descontado que sí.

—Supongo que podré hablar con ella, ¿verdad? —Preguntó Leo Murray —. No ahora, claro, sino mañana, o cuando resulte más oportuno.

—No creo que tenga inconveniente en recibirte. Además, que la señora Sutton sabrá indicarnos el momento más idóneo. Entonces, te resultará fácil conseguir que colabore... Porque es esto lo que fundamentalmente buscas de ella, ¿no es eso? Que te ayude a descifrar el enigma.

—Sí, eso es lo que busco —reconoció—. Pero no creo que resulte fácil conseguir su colaboración, sino, por el contrario, endiabladamente difícil. Me la imagino cerrada, obstinadamente cerrada.

—¿Por qué te la imaginas así, si no la conoces siquiera?

—A las personas que no se las conoce, hay que imaginarlas de alguna manera, ¿no te parece? Ojalá me equivoque. Eso simplificaría enormemente la situación.

—Bueno —terció la muchacha—, ahora te enseñaré tu dormitorio.

—¿Sabe Evelyn que voy a quedarme?

—Sabe que te he llamado...

—¿No ha objetado nada? Podría hacerlo. La casa es suya.

—"La casa queda enteramente a tu disposición." Esta ha sido su respuesta. Puedes, por tanto, quedarte el tiempo que gustes.

Estaba aún enseñándole la habitación, cuando se presentó el mayordomo para decir que acababa de llegar el señor Keene... Jim Keene...

—Desea saludarla, señorita Rosemary.

—En seguida bajo, Fred. Dígaselo así.

En cuanto se retiró el mayordomo, la muchacha miró a Leo Murray con expresión contrita, desolada.

—¿Lo ves, ya vuelve...? Y los otros dos no tardarán tampoco en volver. Se sienten atraídos, como por un irresistible imán, por los millones de Ronald Wynn. Hay momentos —reconoció Rosemary— en que me dan ganas de echar a correr.

—Perderías muchos millones.

—Quizá fuera mejor —respondió, estremecida.

—Sí, tal vez —convino—. Pero yo no puedo aconsejarte, ni menos persuadirte, para que hagas tan mal negocio. Debo limitarme a cuidar de ti y a defenderte si la ocasión se tercia —y agregó—. Que se terciará.

* * *

Jim Keene estaba en la salita, esperando la llegada de Rosemary, la heredera del fabulosamente rico Ronald Wynn.

Estaba pensando, mientras ella no comparecía, que había sido una suerte que Ronald Wynn muriera en la cámara de gas. Un modo como otro de acabar con el hombre que se negaba rotundamente a que él se casara con Evelyn.

Ahora tenía nuevas posibilidades. Rosemary podía acceder muy bien a sus pretensiones. Ya se afanaría él por mostrarse todo lo romántico, amoroso y persuasivo que fuera preciso.

Así razonaba, cuando de pronto se apagó la luz de la salita. Sin duda se habían fundido los plomos de la casa. Pero, no, veía luz a través del quicio de la puerta, en otra de las estancias. En este caso, debían haberse fundido las bombillas de la lámpara. Pero, claro, todas a la vez, resultaba un poco insólito...

Aún no terminaba de entender aquello, cuando se percató de que alguien se le acercaba por la espalda. Pero aunque se volvió y abrió mucho los ojos, no consiguió verle.

Pero, de súbito, sí vio relucir en el aire el filo cortante de un hacha... Un hacha que se alzó sobre su cabeza con una rapidez y violencia escalofriantes.

Gritó, como si de este modo pudiera impedir que el hacha descendiera y se incrustara en su cabeza. En realidad, ni acertó a levantar los brazos. No pudo, por tanto, impedir el golpe, ni tan siquiera frenarlo. El desconcierto le había dejado helado, perplejo, sin resortes.

El hacha, pues, cayó contundentemente sobre su cráneo y se lo partió en dos.

El grito murió en sus labios. Fue el primero y el último. No le habían dado opción a nada más. Murió en el acto.

Parecía, qué duda cabe, que el trabajo del hacha había ya concluido.

Mera apreciación ésta.

El hacha volvió a ser empuñada y alzada con igual rapidez y violencia que antes. O mayor aún. Y cayó contundentemente sobre el cuerpo de la víctima, que yacía en el suelo en una postura que hubiera resultado altamente ridícula, de no ser absolutamente trágica.

Cayó, implacablemente, cuatro veces...

Tantas veces como paquetes, aquel día ya lejano, Rosemary entregó a Ronald Wynn, en su despacho de aquella misma casa.

Cuando encontraron el cuerpo del visitante, el pavor fue unánime. Tuvo que serlo.

Aquello era realmente demencial.

El cuerpo del muerto había quedado sin extremidades.

CAPITULO VII

Leo Murray esperó a que el sargento de Homicidios se hubiera marchado. No quería entrometerse demasiado descaradamente en sus funciones. Podía tomárselo a mal.

Sólo cuando vio que se alejaba el coche policial, pensó que era el momento oportuno de que él empezara a interrogar a los que vivían bajo aquel techo.

Empezaría por la señora Sutton. ¿Por qué no...? Por alguien tenía que empezar.

Quiso, empero, preguntar antes a Rosemary.

—Tú debes recordar a la persona que trajo aquellos paquetes... ¿Cómo era físicamente? ¿Le habías visto alguna otra vez? ¿Sabes, acaso, si...?

La muchacha le interrumpió.

—Todos conocen a quien trajo a esta casa aquellos horribles paquetes. Esto no es ningún secreto para nadie. Quien los trajo es un hombre puramente inofensivo... Me estoy refiriendo a Peter, al tonto de la localidad, como muchos le llaman... Es sólo un pobre infeliz retrasado mental.

— Creo conocerle —masculló Leo Murray entre dientes.

—Decías? —preguntó Rosemary.

—No nada, sigue...

—Alguien debió darle los paquetes y unos caramelos. Los caramelos le gustan muchísimo y por unos cuantos te hace lo que le pides. Le diría, simplemente: "Lleva esto a la casa de Ronald Wynn", y Peter lo haría así, sin más alcances.

—Pero la policía debió interrogarle, ¿no es cierto? —Preguntó Murray—. No pudo dejar de hacerlo.

—Claro que no, le cosieron a preguntas. Pero Peter se olvida de todo en seguida... Una misma idea apenas le dura un par de minutos. Después, todo se le borra de la mente, todo se le oscurece. No hubo forma de sacarle nada.

—Lamentable.

Instantes después, hablaba con la señora Sutton. Lo que ella dijera, podía ser un buen arranque.

—Disculpe que la moleste.

—No es ninguna molestia, señor Murray. Por el contrario, me alegro de que usted se tome un particular interés en todo esto... Hágase cargo, lo sucedido nos ha llenado de horror a todos. No nos sentiremos tranquilos mientras el culpable no quede detenido. Un culpable que, por sus características en actuar, debe ser el mismo que se ensañó de un modo tan horrible con la pobre señorita Evelyn...

—Eso se averiguará a su debido tiempo —dijo el joven.

—Sí, claro.

—Ahora me interesa, más que buscar a ciegas el presunto culpable, dar con una pista. Una buena pista me está haciendo falta. ¿Va a ayudarme usted?

—Si está en mi mano...
—Inténtelo al menos.
—¿Qué puedo hacer?
—Para empezar, hábleme de Jim Keene, y de David Stone, y de Bill Curtis...
—Sí, conocía bien a Jim Keene, que ahora está ya muerto... Y también conozco bien a los otros dos. Son de aquí, de Mattersson. Lo mismo que yo.
—Dígame todo lo que sepa.
—La única meta de ellos tres era casarse con Evelyn, hacerse dueños de la fortuna que, como única hija de Ronald Wynn, en su día tendría que pertenecerle. Pero éste se negó rotundamente a que su hija se casara con ninguno de ellos. Entonces, uno de ellos, no sé cuál, le amenazó a Ronald Wynn... No sé cuál de ellos, pues la amenaza le llegó a través de un anónimo.
—¿Qué ponía ese anónimo? ¿Lo sabe usted?
—Sí. Decía: "Si su hija no ha de ser para mí, yo le juro que su negativa tendrá que llorarla con lágrimas de sangre." Una frase que parecía grandilocuente...
—¿Quién le dijo a usted lo que ponía el anónimo? ¿El propio señor Wynn? —inquirió.
—Sí —asintió la señora Sutton—. Yo, por aquel entonces, era simplemente la criada de la casa. Pero una criada que hacía muchos años que permanecía a las órdenes del señor Wynn, así que él podía dispensarme con su confianza. Eso hizo en aquella ocasión, en que le vi asustado por primera vez en su vida.
—¿Qué tal persona era, para usted, el señor Ronald Wynn?
—Si le dijera que bueno, no me creería usted, ¿verdad? Y haría bien. No era bueno con nadie, a no ser con su hija Evelyn, a quien adoraba sobre todas las cosas.
—¿Y de usted misma, señora Sutton, qué puede contarme?
—Puedo contarle todo, en mi vida no hay nada de particular.
—Lo imagino.
—Soy una mujer sencilla, a quien la suerte ha girado la espalda muy a menudo.
—Lo lamento.
—Soy viuda y tengo un hijo. Un hijo de veinte años, que nació deforme. La joroba que tiene sobre el lado izquierdo de su espalda es el hazmerreír de todos los chiquillos crueles de la localidad. Pero es un hijo muy bueno, por el que yo lucho... Y lucho, procurando ahorrar dinero para él. Por eso, para poder ahorrar cuanto más mejor, acepté el puesto que ahora tengo en esta casa... Me ofrecieron un sueldo elevadísimo por atender a Evelyn. Debió pensar el señor Wynn, antes de ser llevado a la cámara de gas, que nadie sabría cuidar a Evelyn mejor que yo, que la conocía desde niña y que había aprendido a quererla.
—Me hago cargo.

—Pero si no fuera por mi hijo Willis, y porque quiero dejarle dinero el día que yo falte —le confesó—, yo no estaría aquí, a pesar de que aprecio sinceramente a la señorita Evelyn... Servirla, atenderla, exige unos nervios de acero, una paciencia suprema, un esfuerzo infrahumano y una enorme capacidad de horror... No, si no fuera por mi hijo Willis yo no estaría ahora aquí...

Había conseguido que Evelyn accediera a recibirle. Lo hizo desde el lecho, con la sábana cubriéndole hasta el cuello.

* * *

—¿Qué tal, señor Murray? —estaba claro que no le recibía de buena gana, pero se esforzaba por disimularlo.

—Muy agradecido a su buena voluntad en recibirme. Gracias, señorita Evelyn.

—Siéntese, sin cumplidos. Y fume si lo desea. A mí no me molesta el humo.

—Muy amable.

—Y pregunte de una vez, lo que tenga que preguntarme... Le responderé. No le aseguro —agregó— si con una verdad o con una mentira. Pero le responderé.

—Algo es algo.

—Bien, empiece —se impacientó.

—¿Cómo sucedió...? —no especificó a qué se refería.

Ella ya sabía a lo que el joven periodista se refería, a aquella pavorosa amputación de sus cuatro miembros.

—Regresaba a Mattersson, a esta casa, luego de haber permanecido en Nueva York varios días con una amiga —controlaba su tono bastante bien. Mejor de lo que honradamente podía pedírsele—. Ya estaba cerca de aquí, cuando alguien me puso un algodón impregnado de cloroformo sobre la nariz y la boca... Quise desasirme, pero no pude, aquella persona tenía mucha fuerza... No le vi, no pude verle, permanecía a mi espalda... Al poco, todo empezó a darme vueltas, a borrárseme... Dejé de tener noción de este mundo...

—Prosiga, se lo ruego.

—Cuando volví en mí, me hallaba tirada, arrojada, en mitad de un camino... Sentía un dolor enloquecedor, espantoso, infernal... Me miré a mí misma e ignoro cómo mi propio espanto no acabó con mi vida... Bueno —filosofó—, en realidad mi vida debió acabar con los cuatro hachazos que me dieron... Porque se ve que fue eso, cuatro hachazos... Los médicos no comprenden aún cómo pude sobrevivir... Si no lo hubieran visto, no lo creerían... Pero sí, señor Murray, aguanté, y aquí estoy, contándole a usted mi bonita historia.

—¿Sospecha usted de alguien? —preguntó Leo Murray, tras una pausa que

se esforzó porque no resultara excesivamente larga.

—No —respondió Evelyn.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Tenía usted novio? — preguntó seguidamente.

—Pretendientes...

—Aquí, en Mattersson, tres... ¿No es eso?

—Sí, tres —repitió.

—Uno de ellos ha muerto... —y rápido—. ¿Ha lamentado usted su muerte, Evelyn?

—En absoluto —aseguró.

—Entonces, debo suponer que no era Jim Keene el favorito...

—No, no lo era.

—¿Lo era, acaso, David Stone? ¿O quizá Bill Curtis...? Adelantaríamos mucho si me aclarara ese pormenor.

—Lo lamento, no voy a aclarárselo.

—Me lo estaba temiendo.

—Tiene cara de listo...

—Su padre no quería para usted ninguno de los tres. Debía creer que sólo buscaban su dinero.

—Si lo creía mi padre... —masculló—, tendría razón. Que yo sepa, mi padre no se equivocaba nunca. Mi padre era perfecto.

—Murió en la cámara de gas, convicto y confeso por haber asesinado a cuatro personas de una misma familia.

—Ya lo sé.

—De lo que se desprende que no era tan perfecto...

—Para mí sí lo era.

—Por favor, Evelyn, colabore conmigo.

—No sé cómo.

Lo que de antemano se imaginaba: se mostraba cerrada. Herméticamente cerrada.

—¿No sabe cómo? Pues yo, si. Diciéndome exactamente lo que piensa de todo lo sucedido.

—No quiero tomarme la molestia de pensar. Por lo menos en este momento.

Quedó un silencio entre ellos. Un silencio que llegó a hacerse pesado como una losa.

—¿Y su madre, Evelyn? —preguntó Leo Murray.

—No la he conocido nunca —dijo la joven, tras torcer el gesto. Y añadió —: Por si no lo sabe, señor Murray, mi madre nunca fue la esposa de mi padre.

—¿Ah, no?

—No. Se conocieron no sé dónde, se amaron, yo vine al mundo... Mi padre, poco después, me llevó consigo, como algo de su exclusiva propiedad.

No, de mi madre no quiso saber nada. Ignoro, pues, si mi madre ha muerto o si sigue viviendo.

—¿Con qué apellidos fue usted inscrita,..? Me refiero a su partida de nacimiento.

—Por parte de mi madre, Scott. Pero es un apellido de circunstancias, para cubrir las apariencias.

—Una pregunta más antes de salir de aquí, Evelyn. No quisiera abusar de su paciencia, pero me interesaría enormemente saber lo que usted opina de Joe Greene...

—¿Joe Greene? —repitió.

—Supongo que le conoce...

—Fue el único de los hermanos que se salvó. Se hallaba ausente de Mattersson y mi padre no pudo matarle. De haber estado aquí, también hubiera muerto, me consta.

—¿Por qué le consta.,.? —inquirió, y la miró inquisitivamente.

—Debió existir un motivo muy poderoso para inducir a mi padre a proceder de un modo semejante. Puestas así las cosas, sé que a mi padre le han desagradado siempre los asuntos a medias. Sí, hubiera acabado también con Joe Greene, estoy segura.

—¿Qué motivo pudo ser ése, que indujera a su padre...?

—No lo sé.

—¿Está segura de que no lo sabe?

—No lo sé. De todos modos, cuando yo niego algo, no es fácil hacer que rectifique. Va con mi temperamento, señor Murray.

—En este caso concreto, sería por su parte un grave error proceder así, ¿no lo comprende? En fin, tenga en cuenta todo lo que acabo de decirle y recapacite, si gusta, sobre el particular —y poniéndose en pie—. Si tiene en verdad algo que decirme y cambia de parecer, llámeme, acudiré en seguida. Inmediatamente.

—De acuerdo, señor Murray.

CAPITULO VIII

Le dijo a Rosemary que iba a dar un paseo con la intención de aclarar algo sus ideas. Unas ideas que no terminaban de encajar en ninguna hipótesis aceptable.

Pero la intención de Leo Murray no era exactamente ésa.

Era hombre de razonar, de deducir, pero opinaba que para eso aún era pronto. De momento tenía que actuar.

Así pues, esperó a que la niebla se hiciera espesa, compacta, para que "el culpable" se sintiera más protegido, y salió de la casa, dirigiéndose hacia la localidad.

Estaba convencido de que intentarían eliminarle, como ya lo habían pretendido el día de su llegada. Quería, por tanto, dar facilidades. Aunque sólo las precisas, las indispensables, para que su enemigo cometiera el error de quedar al descubierto... Facilidades para otra cosa, no. Le tenía mucho aprecio a su piel.

—Vete con cuidado —le dijo Rosemary, que pareció adivinar que le llevaba una intención más concreta y mucho más peligrosa, que dar un simple paseo por los alrededores.

—No te preocupes —había sido su respuesta.

Ya a medio camino, y viendo que de momento al menos nadie se metía con él, ni nadie le impedía seguir adelante, Leo Murray pensó en ir a visitar a Peter. Al tonto de la localidad como muchos le llamaban.

Intercambiar unas cuantas palabras con él podía ser, si no una valiosa ayuda, sí una estimable aclaración. Necesitaba, en suma, y ante todo, saber si en efecto era tonto o retrasado mental. No podía estar pendiente de si fingía o no.

Desde luego, para dar con su vivienda, tuvo que preguntar.

Pero la mujer a la que inquirió, no supo darle razón. Acababa de llegar a Mattersson.

Fue entonces cuando se acercó a Leo Murray un joven de ojos vivos, de agradable expresión, pero cuya espalda se hallaba deformada por una joroba. Le dijo:

—Yo le puedo indicar dónde es... Incluso puedo acompañarle hasta allí. Voy de paso.

—Muy amable... —y reparando en su defecto físico, no le cupo la menor duda de que se trataba de Willis, el hijo de la señora Sutton.

Empezaron a andar juntos.

—Es usted forastero, ¿verdad?

—Sí —respondió Leo Murray—. Llegué ayer. Estoy de invitado en la casa de las afueras...

—¡Ah, en la casa de los Wynn! —Y le hizo saber—: Allí trabaja mi madre.

—¿Sí...? —quiso que fuera él quien ampliara su propio comentario.

—Mi madre es la señora Sutton —y añadió seguidamente—. Atiende a la señorita Evelyn.

—Pobre Evelyn... —comentó él.

Y quedó a la espera de la que Willis pudiera responderle.

—Sí, pobre... —corroboró—. Ella siempre tan contenta, tan alegre, tan feliz... Parece mentira que se halle ahora en semejantes circunstancias, yo aún no termino de creerlo... Pero sí, claro, me veo forzado a admitir la cruel y amarga realidad.

—Por el tono que me habla —quiso conseguir de él alguna que otra confidencia—, usted aprecia muy sinceramente a esa desdichada muchacha, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca —admitió—. Siempre ha sido muy buena conmigo. Ella jamás se rió de mí. Incluso, en una ocasión en que unos chiquillos se me burlaron, por lo de mi joroba, ¿sabe?, ella se agachó, cogió piedras y empezó a defenderme... Bueno, de eso hace ya muchos años, ya se comprende. Entonces éramos ambos unos niños. Mire, esta es la casa que usted está buscando...

—Muchas gracias —le agradeció, ya sin más.

—A su disposición. Adiós.

Willis se alejó, dejándole ante la puerta de una modestísima vivienda. A cuyo aldabón, casi oxidado, Leo Murray no tardó en llamar con un par de golpes.

Poco después le abría Peter, al que reconoció en seguida. Era el mismo que le entregó aquel papel, que tuvo que leer a la claridad vacilante de su encendedor.

—¿Qué desea?

—Hablar con usted.

—¿Conmigo...? —y la expresión de Peter pareció hacerse aún más idiotizada, más alelada.

—Sí, con usted. Dígame, ¿recuerda quién le entregó unos paquetes, de eso hace ya tiempo, para que los llevara a...?

—¿A la casa de los Wynn? —preguntó.

—Sí, exactamente.

—Eso mismo me lo pregunta todo el mundo. Desde hace mucho tiempo, todo el mundo... Pero yo no lo recuerdo, le juro que no... —al acabar de decir esto, le faltaba poco para echarse a llorar.

No podía ser un comediante. No podía estar fingiendo. Era un ser anormal. Saltaba a la vista.

—Me han asegurado que le dan caramelos cada vez que le piden algo...

—Los caramelos me gustan mucho —y dejando a un lado, de pronto, las ganas de echarse a llorar, ahora se rió de un modo estúpido—. Me gustan muchísimo, ¡Son tan dulces!

—A mi me entregó un papel el otro día, ¿no recuerda eso tampoco? Fue

antes de llegar al atajo.

—¿A usted...? ¿Un papel...? No, tampoco lo recuerdo. Le aseguro que no...

—Bueno, no se preocupe... —veía que no había posibilidad de sacar agua clara.

Aquella cabeza iba sin timón, a la deriva. Era un hombre con la mente vacía. Irresponsable.

—Adiós, no le molesto más.

Ya se alejaba, cuando Peter le gritó:

—Si ve a la señorita Evelyn, dígale que me ha visto y que yo le he dicho que hemos de bailar juntos. Me lo prometió..., eso sí lo recuerdo...

—Se lo diré —contestó Leo Murray, y emprendió el regreso.

CAPITULO IX

Empezaba a creer que nadie iba a atentar contra él, cuando, de súbito, a eso de unos trescientos metros de la casa, en un lugar donde el arbolado era más compacto, oyó un ruido delatador.

Comprendió que ya estaba allí, apenas a unos metros, entre la espesa y densa niebla, el peligro que había buscado. El peligro al que había desafiado quizá demasiado temerariamente. Pero, en conclusión, tenía ya muy cerca al enemigo que necesitaba conocer... Con el que precisaba dar para llegar a esclarecerlo todo.

Se llevó la mano al sobaco, disimuladamente, presto a reaccionar con prontitud si el caso lo exigía. Perder un segundo equivale a veces a perder la vida.

"Es perder demasiado —rezongó para sí—. Sólo hay una. Conviene conservarla."

Pero el modo de actuar de su enemigo iba a sorprenderle, iba a cogerle desprevenido. De ello que se viera incapaz de hacerse con aquella situación que él mismo valientemente había provocado. Tendría que dejarlo para otra ocasión.

Sucedió todo tan rápido, tan velozmente, que lo cierto es que Leo Murray se quedó vencido por el factor sorpresa. Es la verdad. Todo hay que reconocerlo.

Había oído un nuevo ruido. Se dispuso a girarse, a volverse rápidamente hacia quien le seguía... Así lo hizo, en el momento que lo creyó más oportuno.

Pero su enemigo le esperaba, y apenas se volvió, le echó tierra a los ojos. Dos puñados de tierra.

La niebla le había impedido ver lo que su enemigo pretendía hacer, así que no acertó a cerrar los ojos. Quedó cegado... ¡Y sin haber visto quién era esa persona!

Su enemigo, entonces, se fue acercando a él...

Y él adivinó su alegría, su regocijo, ante la momentánea ceguera que padecía. Debía dar por descontado que, en tales circunstancias, podría eliminarle con harta facilidad.

Pero Leo Murray, con visión o sin ella, no era fácil de eliminar. ¡Qué iluso, o ilusa, quien se lo había imaginado así!

Sacó la pistola y disparó. Hacia donde su intuición le dijo, y en forma de abanico. Se quedó, empero, con un par de balas. Por si su enemigo, o enemiga, no se asustaba y atacaba cuerpo a cuerpo.

Pero su enemigo había sido tocado por una de sus balas a juzgar por el quejido de dolor que oyó. Debía tratarse de un simple rasguño, pero, después de eso, ya no le quedarían ganas de reincidir.

En efecto, le oyó escaparse de allí antes de que fuera tarde. Antes de que él recobrara la visión.

Esto sucedió poco después, cuando consiguió quitarse de los ojos toda la tierra que se le había metido dentro. Le quedaron los ojos muy doloridos, pero eso era ya lo de menos.

Cuando llegó a la casa y la puerta le fue abierta, la primera mirada de Leo Murray fue, indiscutiblemente, para el viejo sirviente. Quería ver si estaba herido.

No vio nada de particular.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Fred.

—Demasiada niebla, ¿verdad?

—Sí, Fred, demasiada...

Cruzó el vestíbulo y se reunió en el salón con Rosemary, que le esperaba sumamente nerviosa e impaciente.

—Has tardado mucho. Temía por ti —le confesó.

—Me gusta oírtelo decir —reconoció él, sonriente.

—¿Qué te pasa en los ojos? —le veía pestañear casi de continuo, lo que hasta entonces nunca le había visto hacer.

—Luego te lo explicaré... Deja que antes te diga algo.

—¿Qué?

—He decidido volverme formal. Me refiero a las chicas, a las faldas... Antes era una calamidad, me gustaban todas. Verdaderamente no había por dónde cogerme.

—¿Y por qué me lo cuentas a mí? —pero Rosemary, adivinando la respuesta, endulzó ya de antemano el tono y la mirada.

—Porque eres tú, Rosemary, la que me ha hecho cambiar. —Y agregó—: Que me casaría contigo, lo supe el primer día... El día que preguntaste al dueño del bar dónde paraba la dirección que anotaba el anuncio, y yo te aconsejé que no vinieras a esta casa... —no le dijo nada más.

Se acercó a ella, la abrazó y la besó en la boca.

Un beso apasionado e interminable, que a Rosemary le supo a verdadera gloria.

CAPITULO X

Se quedaron de una pieza cuando el mayordomo se presentó ante ellos y les comunicó quién acababa de llegar. Estaba en la salita esperando ser recibido.

—No es posible... —musitó la señora Sutton. Y seguidamente—: ¿Qué puede querer...?

—Recíbele tú —rogó Rosemary, dirigiéndose al joven periodista.

—¿Por qué no? —Leo Murray no tenía por costumbre achicarse.

Además, que le interesaba entrevistarse con Joe Greene. Pues se trataba de él. Del único que en toda la familia había quedado con vida. Sí, le interesaba enormemente saber lo que pretendía y lo que buscaba presentándose allí. Y no sólo eso, podía ser de vital importancia su ayuda, su colaboración, si es que deseaba prestársela. Quizá sí.

—He venido... —dijo Joe Greene, tras los saludos y presentaciones de rigor— a preguntarle por Evelyn. A interesarme por ella...

Joe Greene tendría unos treinta años, y era alto y delgado. Vestía con mucha corrección.

—Se encuentra bien —repuso Leo Murray—, dentro de lo que cabe...

—Debe sentirse muy desesperada... —murmuró con gesto afligido, desalentado.

—Sí —asintió escueto.

—Si yo pudiera hacer algo por ella... Pero ¿qué voy a poder hacer? —y alzando la mirada rectamente—. Debe extrañarle mi interés y mi compasión por la hija del hombre que mató a mis cuatro hermanos... Sin embargo, ¿qué culpa puede tener ella de lo que hizo su padre? No sería justo hacerle pagar por él, ¿no cree usted?

—Su comprensión es digna de encomio, señor Greene. De tal modo lo considero así, que ello me alienta y me obliga a confiar en usted.

—¿A confiar en mí? —preguntó Joe Greene.

—Sí, eso he dicho —y agregó—: Por favor, ¿puede responderme a unas cuantas preguntas?

—A todas las que usted desee.

—Gracias.

—Si en algo he de poder ayudar a Evelyn... Aunque no acierto a imaginar en qué medida voy a poder hacerlo... Pero, claro, la muerte de Jim Keene, con características análogas a las de ella... No sé, no sé qué pensar... Sí, sí, pregúnteme lo que crea conveniente...

—Pues bien, dígame si Evelyn estaba enamorada de alguno de sus pretendientes... Me refiero a Jim Keene, David Stone, Bill Curtis...

—No, no estaba enamorada de ninguno de los tres.

—Entonces, ¿no estaba enamorada de ninguno de sus pretendientes? —remachó.

—De ninguno de esos tres —aseguró Joe Greene—. Pero sí de otro... —y aclaró sin darle más vueltas a la cuestión, lo que por lo visto consideró innecesario—: De mí, señor Murray. De mí sí estaba enamorada.

—¿Cómo...? —en cierto modo se había sorprendido, aunque no era hombre propenso a ello.

—Yo era aquí, en Mattersson, su más ferviente admirador. Y a mí, Evelyn me quería. Estoy seguro de ello.

—Siendo así, ¿cabe suponer que la muerte de sus hermanos tuvo algo que ver...?

—No.

—¿No

—En absoluto.

—¿Entonces...?

—Mis hermanos se enteraron de quién era la madre de Evelyn. Algo que Ronald Wynn pretendía que fuera un secreto... Quería para él solo el cariño de su hija, a la que adoraba de un modo exclusivista... Pensar en que Evelyn compartiera sus sentimientos filiales, le desquiciaba de celos... Así pues, para que mis hermanos no hablasen, les esperó en el coto de caza con la escopeta cargada. Tenía una puntería infalible. Cuatro disparos. Cuatro muertes instantáneas. Después me buscó a mí... Creía que yo iba con ellos. Pero yo estaba en el extranjero, de viaje. Por eso, ahora, estoy aquí.

—¿Y sabe usted, señor Greene, quién es la madre de Evelyn?

—Sí.

—¿Puede decírmelo...?

—No se lo he dicho ni siquiera a la propia Evelyn. No sé, siento ciertos reparos en hacerlo. No sé exactamente por qué... —y añadió—: Me disculpará que, de momento al menos, omita tal pormenor, ¿verdad?

—Tendré que disculparle, me fuerza a ello. Por lo demás, aunque insistiera, no iba a conseguir nada, lo sé, lo veo claro, se lo leo en la expresión.

—Más adelante no le digo que no... —se disculpó.

—Bueno, al menos acláreme esta otra duda, ¿qué persona es Willis, el hijo de la señora Sutton? Le conoce, ¿no?

—Sí, naturalmente.

—¿Qué opinión le merece?

—Le he tratado muy poco. Suele rehuir sistemáticamente a las personas. Su joroba le ha hecho sentirse, desde siempre, muy acomplejado. Suerte tiene de su madre, que se afana tanto por él...

—¿Y qué opina —bajó el tono de su voz— de Fred, el mayordomo de esta casa? Parece una persona excelente, ¿no es cierto?

—De las apariencias no me he fiado nunca.

—Nos parecemos en esto...

—Además, sé lo que hizo, y aunque de eso hace ya muchos años, comprenda que...

—¿Qué hizo? —Preguntó Leo Murray—. No sé nada. Respecto a él nadie me ha informado todavía.

—Entró en esta casa, una noche, a robar. Ronald Wynn le descubrió cuando estaba ante la caja fuerte, y pudo enviarle a la cárcel, pero prefirió, por lo visto, ponerle en el puesto de mayordomo y olvidar lo sucedido. Un gesto generoso, que por tratarse de Ronald Wynn sorprendió a todos.

* * *

Al dejar esta conversación, Leo Murray se dirigió hacia el primer piso. Deseaba hablar nuevamente con Evelyn. Aunque temía no ser recibido. Pero lo intentaría.

—Un momento, por favor... —le pidió la señora Sutton—. Veré lo que puedo hacer.

Al poco regresaba.

—Puede pasar, señor Murray.

Entró de nuevo en aquella estancia, cuyas ventanas en esta ocasión se hallaban cerradas y corridas sus cortinas.

—Me duele la cabeza —repuso Evelyn—, me suele suceder a menudo. Iba a descansar un poco. Espero que no sea largo lo que tenga que decirme...

Con discreción, la señora Sutton se había retirado. Aunque debía haberse quedado relativamente cerca. Ella nunca se alejaba mucho de quien, según lo acordado, debía cuidar y atender celosamente.

—Si hubiera sabido lo de su dolor de cabeza —repuso Leo Murray— hubiera esperado otro momento para no molestarla.

—Ya está aquí. Dígame lo que sea.

—Sólo era para decirle algo que, en realidad, carece de toda importancia. Que ayer me encontré con Peter, ya sabe a quién me refiero, ¿no? Me rogó que la saludara en su nombre, que no me olvidara de hacerlo... —no era esto exactamente lo que le dijo, pero limitarlo así resultaba más acorde con las circunstancias.

— Supongo —ironizó Evelyn— que también le diría que hemos de bailar juntos, que se lo prometí... Sí, es cierto —corroboró—, se lo prometí, para que se callara. No paraba de decirme que era muy guapa, que estaba enamorado de mí, que quería bailar conmigo... Para que dejara de darme la lata, le dije que un día le llamaría y que entonces bailaríamos juntos... Desde aquel día, tiene esa idea clavada en la cabeza. Lo olvida todo, menos eso... Resulta curioso...

—Sí, curioso —ratificó Leo Murray. Quien añadió al poco, como si tal cosa—: Quien acaba también de interesarse por usted, Evelyn, ha sido Joe Greene.,.

Evelyn respingó sobre los mullidos colchones en los que reposaba. Su cuerpo sufrió una sacudida convulsa.

—¡Cállese! —exigió, sin elevar el tono, pero con brusca e inusitada

violencia.

—¿Que me calle? —se hizo el asombrado.

—¡Cierre la puerta! —Exclamó Evelyn, en igual tono—. ¡Ciérrela inmediatamente! Nadie debe oírnos...

—Como quiera —y Leo Murray obedeció la orden recibida. Cerró, pues, la puerta.

—No me fío de nadie —le confesó Evelyn..., ni del mayordomo, ni de la señora Sutton... ¡De nadie absolutamente!

—Tendrá sus razones.

—Las tengo —reconoció.

—¿Puedo yo saberlas?

—Quizá sea mejor... —reconoció— para que no vuelva a mencionar en esta casa el nombre de Joe Greene, por lo menos en los términos qué lo ha hecho...

—¿En qué términos ha sido? —preguntó—. Francamente, no me he dado cuenta. Dígamelo usted, Evelyn.

—Ha dicho usted, señor Murray, que Joe Greene ha venido a interesarse por mí... ¡Pues bien, esto no tiene que volver a repetirlo! ¡Nunca más! ¿No se hace cargo de que, con estas palabras, puede condenarle inexorablemente a morir?

—¿A morir? —inquirió—. Muy grave me pone el asunto. No le comprendo, Evelyn.

—¿O hace ver que no me entiende? Bueno, le aclararé la situación, que es, por lo que veo, lo que está buscando.

—La escucho, Evelyn.

—Después del anónimo que recibió mi padre... —le habló de su contenido, pero sin dilatarse en pormenores superfluos— y después, asimismo, de lo que me sucedió a mí... No, ya no pudo caberle duda a mi padre de que el culpable era uno de mis admiradores... Pero como sea que había negado mi mano a todos, de cualquiera de ellos, pues, podía llegar la venganza... Pero no, no podía saber exactamente de quién...

—Sí, claro —dijo Leo Murray.

—Por eso, cuando se vio condenado a morir en la cámara de gas, ideó un plan... Yo no lo sé, nadie me lo ha dicho, nadie me ha contado nada, pero yo lo adivino...

—¿Qué plan? —preguntó.

—¿No se ha dado cuenta de las hachas que hay adornando las paredes de esta casa? —Inquirió a su vez—. Fue uno de sus últimos deseos.

—¿Y bien...?

—A mí me dieron cuatro hachazos. Mi padre quiso devolver, desde la cámara de gas, esos hachazos... al culpable. Pero como no podía saber exactamente quién era ese culpable, amplió siniestramente, diabólicamente, su plan...

—Prosiga, se lo ruego.

—Hizo su heredera a Rosemary... Con la condición indispensable, eso sí, de que debía venir a vivir aquí tres meses, ni un día menos. De este modo; sabía que mis ex admiradores tendrían tres meses para caer en su trampa... Para, más claro, declarar sus sentimientos amorosos a Rosemary e intentar conseguir por mediación de ella lo mismo que pretendían conseguir por mediación mía...

—Falta el desenlace a ese plan..

—Resulta fácil de deducir, me parece a mí...

—Si no me lo aclara, me quedo a oscuras.

—Cuando le conviene sabe hacerse el tonto, señor Murray. No le va. Ya se lo dije el otro día, tiene cara de listo.

—Por favor, continúe.

—Mi padre hablaría con alguien de esta casa, poniéndose de acuerdo... Y ese alguien es el encargado de ir eliminando a mis ex admiradores... Así que ellos vayan viniendo atraídos por el dinero de Rosemary como el moscardón se siente atraído por la luz, las sentencias se irán cumpliendo... Y cumplidas todas, el verdadero culpable no habrá escapado —y Evelyn añadió—: La persona que obedece a mi padre, quienquiera que sea, debe creerse amparada por su modo de matar... Repite lo que hicieron conmigo, así que debe suponer que la policía, cuando encuentre y detenga al primer culpable, le achacará en buena lógica todas las culpas...

—Comprendo —se limitó a decir Leo Murray.

—Por lo que le he expuesto —puntualizó Evelyn— tiene que comprender que no debe volver a decir que Joe Greene viene a interesarse por mí... Podría ser interpretado como un detalle de amor... Y ser mi ex admirador, puede equivaler, ya se lo he dicho, a morir... Aun sin fingir un nuevo amor por Rosemary, puede llegar a morir...

—¿Usted amaba a Joe Greene? —tras mirarla con fijeza, se lo preguntó abiertamente.

—Sí —respondió—, pero ya antes de sufrir la amputación de mis miembros, Joe Greene era un imposible para mí. ¿Cómo no iba a serlo, si mi padre había matado a sus cuatro hermanos? La policía no había podido demostrar nada, pero todo el mundo, aquí en Mattersson, sospechaba de él... Además, yo "sabía" que había sido él. Joe Greene también. No, ya entonces no había esperanza para nuestro amor.

—Sí, claro —asintió Leo Murray—. Pero ¿por qué "sabía" usted, Evelyn, que su padre había sido el asesino de los cuatro Greene...? ¿Acaso su padre se lo había confesado?

—No —sacudió la cabeza de un lado para el otro—. No... Pero yo conocía bien a mi padre. A partir de aquel día, vi cuatro manchas siniestras en sus ojos. Unas manchas que ya nunca pudo quitarse de encima... Pude reprocharle esas muertes —agregó Evelyn—, pude decirle incluso que le menospreciaba, pero... mi padre me adoraba. Con una adoración sin límites. No me vi capaz de censurarle nada. Callé.

—Me hago cargo.

—Pero yo amaba a Joe Greene —gimió Evelyn— y le sigo amando... No, no quiero que pueda sucederle nada malo. Si alguien fuera capaz de hacérselo, y yo supiera quién había sido, ¡le mataría! ¡Oh, sí, le mataría con mis propias manos...! —soltó ahora una carcajada seca, histérica—. Bueno, eso que he dicho de mis propias manos, ahora hace reír... Como lo de bailar con Peter... Pero, sí, ¡yo le mataría! ¡Le mataría! ¡Le mataríaaa...!

La cabeza de Evelyn se agitó nerviosa sobre las almohadas de su cama, y entonces Leo Murray parpadeó. Parpadeó verdaderamente perplejo.

No porque ahora tuviera tierra en los ojos, sino porque, al descender un poco la sábana que hasta entonces llegara hasta el cuello de Evelyn, había podido ver en su hombro derecho una herida.

¿Como la que causa una bala, que sólo llega a hacer un rasguño...?

* * *

Acababa de irse Bill Curtis, alto, rubio, con un bigote muy bien recortado y un atuendo muy última moda. Y llegó David Stone, que estuvo también un largo rato con Rosemary.

David Stone le dijo a la muchacha que era encantadora, maravillosa, y que desde que la había conocido sólo vivía pendiente de ella. Lo que, en cierto modo, era muy cierto. Los millones que ella iba a heredar le llevaban de cabeza.

Rosemary intentó quitárselo de encima, pero sin conseguir desanimarle. No se fue de la casa sin decirle que se quedaría en el exterior, esperando ver cómo se iluminaban las ventanas de su dormitorio. Le suplicó que se asomara unos segundos y reparara en el beso que él le enviaba.

Pero Rosemary no se asomó a la ventana, no era cosa de darle falsas esperanzas, y David Stone terminó alejándose lentamente. Su silueta se perdió entre la niebla.

Rosemary, tras las cortinas de la ventana de su habitación, no pudo ver nada más.

Pero si hubo más.

De resultas de ello, el chillido que se oyó. Un chillido que fue todo un escalofriante grito de horror. Un grito de horror que fue todo un pavoroso alarido de muerte.

Pero cuando la muerte se abatió sobre David Stone, éste se hallaba ya lejos de la casa. Ninguno de sus ocupantes, por tanto, pudo oírle.

Y la muerte, personificada en un hacha de cortante y espeluznante filo, se cebó, se ensañó con él. Siniestramente. Horrendamente. Implacablemente.

Cuando al día siguiente se encontró su cuerpo, éste se hallaba monstruosamente mutilado. Como le sucedió a Jim Keene, el cuerpo de David Stone acabó sin extremidades.

Una muerte más, que parecía cumplir los requisitos, las exigencias de una



maldición.

CAPITULO XI

Leo Murray sabía ya dónde se hallaba la brecha que estaba necesitando para pasar... Para pasar hacia la verdad, hacia el desenlace final.

—Le buscaba, Fred.

El mayordomo se volvió hacia él un poco sorprendido. No tan sereno como en otras ocasiones.

—Dígame, señor.

—Me he enterado de una circunstancia que desconocía —le escudriñó—. Le atañe a usted.

—¿A mí? —preguntó.

—Sí, a usted. Me han dicho desde cuando permanece usted en esta casa.

—Desde hace ya muchos años, señor.

—Me han dicho —puntualizó—, por lo visto no he terminado de expresarme debidamente, a partir de qué hecho permanece usted en esta casa... Parece que sea lo mismo, pero tiene distinto significado...

—Sí, evidentemente —asintió Fred, comprendiendo que, quien permanecía ante él, había sido ya ampliamente informado de lo poco honorable que había sido su pasado.

—Entonces —repuso Leo Murray— usted entró en esta casa a robar, ¿no es eso?

—Sí... —reconoció.

—El señor Ronald Wynn le cogió in fraganti, pero optó por olvidar lo sucedido. Además, le convirtió en su propio mayordomo.

—El señor Wynn se portó inmejorablemente conmigo.

—¿Por qué no le envió a la cárcel? Ser generoso, no iba con él, no iba en absoluto con su personalidad... Debió existir otro motivo.

—Quiso portarse bien, simplemente eso. Debió compadecerse de mí, de mi arrepentimiento...

—¿Por qué no suponer —le martilleaba con sus rápidas y seguidas preguntas— que usted, al entrar, vio algo...? Algo especial, que a Ronald Wynn no le interesaba que usted repitiera...

—No le entiendo.

—Y para asegurarse su silencio, le admitió a sus órdenes Primero, el agradecimiento le haría callar... Segundo, teniéndole tan cerca había que ser demasiado valiente para desafiar a un hombre como Ronald Wynn. ¿No le cuadra mi deducción, Fred?

—No le entiendo, señor —repitió.

—¡Pues está claro! —Exclamó Leo Murray, rotundo—. ¡Usted vio algo al entrar en esta casa! ¡Y ese algo que yo desconozco, usted me lo va a decir inmediatamente!

—Pero... yo... —vaciló Fred.

—¡Va a decírmelo! —le exigió, con igual rotundidad que instantes antes

—. Le doy cinco segundos para empezar a dar a la lengua... Y tenga presente —aclaró— que soy un hombre con la paciencia muy limitada. Tan limitada que a veces se me acaba antes de haber empezado a utilizarla.

El mayordomo comprendió que le traía cuenta decir lo que sabía. Leo Murray tenía muy malas pulgas, de la peor clase, saltaba a la vista. Por lo demás, Ronald Wynn ya no podría reprocharle que hablara. El señor Wynn había dejado su último aliento entre la niebla mortal de la cámara de gas.

—Se lo diré, pero cuento con su discreción... —prefería que su nombre no saliera a relucir. Prefería, evidentemente, quedarse al margen de todo aquello.

—De acuerdo. Hable.

—Cuando entré en esta casa, encontré al señor Ronald Wynn besando a una mujer... Seguidamente, se fueron juntos al dormitorio del señor... Yo, entonces, creyendo que no iba a ser descubierto, me dirigí a la caja fuerte. Pero el señor Wynn debió intuir algo y regresó al despacho... Me cogió in fraganti, como usted bien ha dicho...

—¿Quién era esa mujer?

—La señora Sutton.

—Lo hubiera jurado —desde luego no expresó, ni por un segundo, el más mínimo asombro.

—A cambio del empleo que me ofreció, me hizo prometer solemnemente que jamás diría a nadie lo que había visto. Pero para asegurarse mi lealtad, me dijo que si le traicionaba me enviaría personalmente al infierno... Dicho por él, créame, no resultaba ninguna broma.

—¿Y no le traicionó nunca?

—Ahora.

—No se preocupe por eso. El señor Wynn no puede regresar para cumplir su amenaza.

CAPITULO XII

Podía ya atacar por ese lado. La brecha se había hecho ya lo suficientemente amplia...

—Un momento, señora Sutton.

La interpeló al verla pasar ante la puerta del despacho. El había permanecido allí un rato, escribiendo un par de artículos. Para que el director de su periódico no se lamentara demasiado de su ausencia.

—Usted dirá...

—Pase, y cierre la puerta a sus espaldas.

—Lo que usted mande.

Luego quedó en pie, esperando a que Leo Murray hablara. Nerviosamente se tocaba su negro moño, muy apretado en su nuca. Parecía como si comprendiera que algo se había torcido para ella.

—Vale más que le hable sin rodeos... ¿No lo prefiere usted así, señora Sutton? Ahorraremos tiempo los dos, usted y yo... Es tan lamentable perder el tiempo...

No acertó a responder nada, así que fue Leo Murray quien volvió a tomar la palabra.

—Tengo mis buenas y poderosas razones para suponer que Ronald Wynn, al convertir a Rosemary en su heredera, no pretendió otra cosa que alguien de esa casa tuviera opción para eliminar a los ex admiradores de Evelyn... Porque uno de esos admiradores fue, ni más ni menos, quien la mutiló salvajemente... Y así, eliminados todos, el culpable sucumbiría inexorablemente...

Tampoco ahora dijo nada la señora Sutton.

—Esos ex admiradores, ante el embriagador aroma de esos doscientos millones de dólares, habían de volver a poner los pies aquí... Ronald Wynn lo sabía... Evidentemente, el anzuelo no podía ser más irresistible, más tentador...

Otro silencio.

—Pero para que su plan no fallara, para que le saliera redondo, aquí en esta casa tenía que haber alguien que colaborara con él... Para dar facilidades a ese alguien, dése cuenta, señora Sutton, por todas partes hay hachas... Porque las muertes habían de efectuarse a hachazos, no podía ser de otra manera...

De nuevo otro silencio entre los dos.

—Usted me dijo, después de la muerte de Jim Keene, que nadie estaría tranquilo mientras el culpable no fuera detenido. Un culpable, remachó usted, que por sus características en actuar, debía ser el mismo que se ensañó de un modo tan horrible con la pobre señorita Evelyn...

—Usted me respondió —acertó a decir la señor Sutton— que eso se averiguaría a su debido tiempo.

—Y ya está averiguado. No, no se trata de una misma persona. El que

actúa ahora, es decir, el que ha asesinado a Jim Keene y a David Stone, no ha hecho otra cosa que vengarse de lo que le hicieron a Evelyn... Vengarse de eso, obedeciendo las órdenes recibidas de Ronald Wynn.

—Si usted lo dice... —había llegado a ponerse tan pálida, tan lívida, que no hubiera sido de extrañar verla caer desvanecida.

Pero aguantaba, seguía en pie. Hacía frente a la situación.

—Y esa persona es... —empezó a decir Leo Murray con lenta parsimonia —. Esa persona es...

La señora Sutton se tambaleó.

—¡Usted! —exclamó.

* * *

La puerta se había abierto. Rosemary había entrado en la estancia. Por descontado, no podía ni imaginarse la escena que allí se estaba desarrollando.

—No, no... —La señora Sutton negó más con la cabeza que con las palabras—. Le aseguro que no...

—¡Yo digo que sí!

—No, yo no he matado a Jim Keene ni a David Stone...

—Y fue usted —prosiguió Leo Murray— quien me envió aquellas líneas añadidas a la carta de Rosemary; como, asimismo, fue usted quien hizo llegar a mis manos aquel papel a través de Peter... —no le concedía reposo, le apremiaba a confesar—. Por lo demás, señora Sutton, fue usted quien me obsequió con aquella trampa del árbol, del hacha que pasó silbando a mi lado...

—Sí, sí, lo reconozco —asintió finalmente la señora Sutton, destrozados sus nervios—, yo fui quien le envió aquellos dos escritos... El primero de ellos, aprovechando que la señorita Rosemary no había cerrado el sobre... Le bajé la carta a Fred, sin pensar siquiera en hacer tal cosa, pero luego, mientras subía la escalera, pensó que sería una buena idea... Y sí, fui yo también quien quise asustarle con el hacha sujeta a la rama del árbol... Quería conseguir que no llegara usted hasta aquí... Si tenía que actuar —recalcó siniestramente la palabra— me sobraba su intervención...

—Entonces, ¿reconoce que ha sido usted quien...?

—Quien le escribió esas notas, sí. Quien quiso asustarle, sí. Quien había recibido, tal como usted ha deducido, señor Murray, la orden de eliminar a los ex admiradores de Evelyn, sí... ¡Pero no, le juro que yo no he sido quien ha matado a Jim Keene ni a David Stone!

—Reconoce, sin embargo, que usted era la persona a la que el señor Ronald Wynn encargó el trabajo, ¿no es eso?

—Sí, sí... —afirmó—. Pero llegado el momento de actuar, comprendí que yo no sería capaz de nada semejante... Por mucho que me empeñara, jamás podría hacerlo... Bien mirado, había un culpable, un monstruoso culpable, pero no tres. Matar al culpable, equivalía a que se la cargaran dos inocentes...

—Con simples palabras no me va a convencer, señora Sutton —Leo Murray la miraba insistentemente, escudriñándola hasta lo más profundo—. De todos modos, dígame por qué el señor Ronald Wynn le concedió esa faena... Algún motivo debía haber para que la eligiera a usted.

—Los motivos tienen poca importancia, ¿no le parece?

—Me parece, por el contrario, que tienen mucha. Pero, no, no hace falta que me lo diga... Ya lo sé... Ronald Wynn y usted eran amantes... Hace ya muchos años que se conocían y trataban íntimamente... ¿A quién, pues, mejor que a usted podía pedirle ese favor...? Con mayor motivo, puesto que, siendo usted su amante, resulta sencillo suponer que años atrás pudieron tener una hija y que ésta puede muy bien ser la propia Evelyn...

Rosemary se había quedado inmovilizada escuchando todas esas palabras, puramente inesperadas.

Palabras que no tuvieron continuación, porque en aquel preciso instante llamaron a la puerta con los nudillos.

—Adelante —dijo Leo Murray.

Entró el mayordomo.

Con permiso... —se disculpó, comprendiendo por la expresión de unos y otros que sucedía algo fuera de lo corriente. Y a continuación—. Señora Sutton, su hijo está aquí. Dice que usted le espera.

—Sí, es cierto —convino la aludida, intentando reaccionar—. Dígale que en seguida salgo... —y explicando a Rosemary y a Leo Murray el porqué de la presencia de su hijo allí—. Evelyn me ha expuesto su deseo de saludarle. Es por eso que está aquí.

Ya se había retirado el mayordomo cuando Leo Murray habló de nuevo.

—Puede irse, señora Sutton, pero tenga presente que, si es inocente, tendrá que demostrarlo.

Salió tan alterada de la estancia, pese a sus esfuerzos por disimularlo, que su hijo en seguida se percató de que algo muy grave le sucedía.

—¿Pasa algo, mamá?

—Nada, Willis.

—Sí, sí, a ti te pasa algo —insistió, preocupado.

—Nada de importancia. Anda, ven, sígueme. Evelyn desea verte.,. —Al llegar al primer tramo de la escalera, se detuvo y le previno—; Aunque te suelte alguna inconveniencia, ten paciencia. La pobre ya sabes en qué situación más horrible se encuentra...

—No te preocupes por eso, mamá.

Pero a Evelyn le guiaba, simple y llanamente, el deseo de ver y saludar a Willis. Así que estuvo agradable, incluso simpática. Sin embargo, pronto se cansó de conversación y le rogó que se marchara.

—Ven otro día si quieres —añadió,

—Pues hasta otro día, señorita Evelyn —respondió Willis, y salió de la habitación acompañado de su madre.

Ya en el pasillo.

—Mamá, ¿no vas a decirme qué te pasa?

Esta vez respondió de un modo distinto.

—Estoy muerta de miedo.

—Pero ¿por qué?

—Temo..., temo... —toda ella temblaba— que mi final sea idéntico al del señor Wynn.

—¿Qué dices, mamá? —se sobresaltó.

—La cámara de gas.

CAPITULO XIII

Había conseguido que Evelyn aceptara su presencia una vez más. Le había costado conseguirlo, pero ahora ya estaba allí, ante el mullido lecho, a solas con la muchacha monstruosamente mutilada.

—¿Qué quiere, señor Murray? —y antes de que se lo dijera—. Sabe hacerse pesado...

—Tiene toda la razón. Pesadísimo. Le ruego humildemente que me disculpe.

—Bueno, disculpado. Pero se lo ruego, simplifique, no dé rodeos inútiles, vaya al grano,

—He venido —reconoció— a hacerle una pregunta. Sólo una.

—Suéltela —autorizó.

—¿Cómo se ha hecho, Evelyn, esa herida que tiene en el hombro...? Una herida que me ha dado mucho que pensar... —él había pensado, claro está, en aquel disparo que hizo, cuando se hallaba cegado por la tierra que le tiraron a los ojos—. Pero los límites de lo razonable no dan en realidad para según qué deducciones, así que...

—No le entiendo —dijo ella—. Pero sí le explicaré cómo me he hecho esta herida. No tengo inconveniente.

Quedó a la espera de lo que Evelyn le dijera.

—Estoy haciendo prácticas... —fue esto lo que dijo.

—¿Prácticas? —preguntó, no comprendiendo.

—Sí, no quiero sentirme totalmente impotente, si algo más sucediera... Así que, ¿ve usted...?

A pesar de carecer de extremidades se sentó en la cama de un brinco, con una increíble y prodigiosa agilidad. Costaba creerlo. Luego se volvió y con la boca mordió la almohada, retirándola hacia un lado. Entonces Leo Murray vio allí un cuchillo.

Instantes después Evelyn, con los dientes, había sujetado el cuchillo por el mango, con seguridad, con firmeza. Seguidamente hizo un movimiento brusco, violento, como quien ataca a un ser imaginario.

Luego soltó el cuchillo y dijo:

—¿Se da cuenta? Podría matar a alguien si me lo propusiera... —y sus ojos se mostraron llenos de oscuras y trágicas sombras. Luego amplió—: Aprendiendo a manejar el cuchillo me herí en el hombro.

—¿Quién se lo dio? —preguntó Leo Murray.

—¿El cuchillo? Fred, el mayordomo. Se lo pedí a él, porque creo que la señora Sutton se hubiera negado a dármelo. ¿Algo más, señor Murray?

—No, nada más.

Iba ya a retirarse, cuando Leo Murray vio entrar en el dormitorio al mayordomo, sin llamar, todo sofocado y jadeante.

—Señorita Evelyn...

—¿Qué sucede? —preguntó la joven, que de nuevo se había protegido bajo la sábana, hasta el mismo cuello. Siempre con ayuda de su boca, de sus dientes.

—El señor Greene... Joe Greene...

—¿Qué le ha ocurrido? —inquirió Evelyn con una expresión de profunda e incontrolada alarma.

—Le han dado de hachazos, junto a los matorrales del atajo... Debido a la niebla, no ha podido ver a su enemigo... Pero su enemigo tampoco ha conseguido acabar con él del todo... —y agregó—: Joe Greene está subiendo la escalera... Viene hacia aquí...

Hubo unos instantes de estremecedor, pavoroso y expectante silencio. Un silencio aún más denso que la niebla que reinaba siniestramente en el exterior.

Hasta que la realidad desbordó por sí sola, de un modo espeluznante, lo que uno podía haberse imaginado. Apareció Joe Greene con un brazo amputado totalmente, el otro le colgaba por el pellejo... Sangraba de tal modo, que apenas se detuvo, a un par de metros del lecho de Evelyn, un charco enorme se formó en el suelo. Le habían dado también otro aterrador hachazo en el cuello... La cabeza se le tambaleaba...

—¡Joe! —aulló Evelyn, descompuesta, desesperada, frenética—. ¡Joe, amor mío...!

También entró allí, pocos instantes después, Rosemary. Y asimismo la señora Sutton.

Esta desorbitó los ojos, las pupilas. Parecía, ante lo que ahora presenciaba, que se hubiera vuelto loca o como si poco le faltara para perder la poca razón que le quedaba.

Joe Greene quería hablar, pedir algo. No podía.

La señora Sutton, entonces, se dirigió hacia Evelyn, para calmar su dolor. Un dolor que se había hecho profundo, negro y siniestro como un pozo sin fondo.

De pronto, la señora Sutton se volvió hacia los presentes y exclamó:

—¡No quiero ocultarlo por más tiempo! —De nuevo se habían desatado terriblemente sus nervios—. ¡No puedo! Ronald Wynn me encargó que, uno a uno, matara a los ex admiradores de Evelyn... Por el anónimo que recibió, el padre de esta pobre criatura sabía que quien la mutiló fue uno de ellos... Y, no, no quiso irse al otro mundo sin dejar organizada su venganza... Yo le juré que sería la mano inflexible que llevaría a cabo sus deseos... ¡Se lo juré una y mil veces! Pero...

El "pero" llegó tarde.

Evelyn se había sentado de un brinco sobre el lecho, había retirado con sus dientes la almohada y asimismo con sus dientes había sujetado firmemente el mango del cuchillo. De pronto, sin dar tiempo a que nadie pudiera intervenir, a que nadie pudiera impedirlo, ¡zas!

Clavó el cuchillo hasta la misma empuñadura en la espalda de la señora Sutton.

Esta lanzó un grito que era ya toda una negra mortaja. Luego se volvió hacia Evelyn.

—¿Qué has hecho, desgraciada...? —gimió—. Iba a decir que, a pesar de habérselo jurado tantas veces, yo no... No, yo no he matado a Jim Keene ni a David Stone. .. Ni tampoco he hecho esto a Joe Greene... ¡Soy inocente! Además, además... —y viendo ,que iba a morir, sintiendo que el corazón se le estaba parando—. ¿Cómo has podido hacerlo, Evelyn...? Si yo soy tu madre... ¡Tu madre! Tu ma...

Cayó al suelo. Ya no se movería más.

—¿Mi madre...? —masculló Evelyn, y sufrió una sacudida terrible, horrenda.

Por su parte, Joe Greene intentó dar un paso más. No lo consiguió. A su vez se desplomó sobre el suelo, sobre su propia sangre. Tampoco él volvería a moverse.

Evelyn cayó sobre los almohadones. Con los ojos abiertos, muy abiertos, mirando hacia el techo.

Tampoco ella haría ya ningún otro gesto.

Acababa de sufrir un infarto.

* * *

Todo había sucedido de una forma tan espeluznantemente rápida, que parecía como si hubiera formado parte de una demencial y diabólica pesadilla.

Pero todo aquello había sido una realidad, que de pavorosa y horripilante lo había tenido todo.

Aún estaban sin reaccionar los que habían presenciado aquel horror, cuando ante ellos se presentó Peter, el que todos sabían que era el tonto de la localidad. El que, según el doctor, no era más que un infeliz e inofensivo retrasado mental.

Al ver sin vida a Evelyn, dio la sensación de que no veía muertos a los otros dos. Ni a Joe Greene, ni a la señora Sutton. Sus ojos no tenían otra dirección que la muchacha.

Se puso a llorar, a sollozar, a hipar desconsoladamente. Había caído de rodillas en medio de la habitación.

—Ya no podremos bailar juntos... —se lamentaba una y otra vez—. La culpa es mía... ¡Mía! ¡Yo sé que es mía! Cuando tu padre, Evelyn, me preguntó si yo sabía quién te había mandado aquel anónimo... Si yo lo hubiera recordado... Porque yo se lo vi escribir... Pero, no, nunca he podido recordar quien fue...

Pero en aquel momento un brillo de inteligencia asomó a sus ojos. Leo Murray comprendió que acababa de recordarlo, aunque, posiblemente, instantes después ya no volvería a acordarse de nada.

Rápido, Leo Murray se inclinó sobre él. Preguntó:

—¿Quién fue?

Peter pronunció un nombre.

—Bill Curtis...

Lo pronunció con un tono de voz tan bajo que sólo Leo Murray acertó a oírlo.

CAPITULO XIV

El triple entierro se iba a efectuar de un momento a otro. Los tres ataúdes saldrían a un mismo tiempo de la misma casa.

En la planta baja se reunían amigos y vecinos de la pequeña localidad, de Mattersson.

En la salita se hallaban en aquellos momentos Leo Murray, Rosemary, Bill Curtis, el mayordomo, Willis y Peter, que seguía llorando como un pobre tonto. Como lo que, pese a todo, no podía dejar de ser.

—Señor Curtis... —dijo Leo Murray dirigiéndose al último de los ex admiradores de Evelyn—, me temo que se encuentre usted en un serio apuro.

—¿Yo? —se sorprendió el interesado. O al menos pareció, sinceramente, sorprenderse.

—Sí, usted —ratificó Leo Murray.

—De veras que no encuentro sentido a sus palabras. Ni el menor sentido, la verdad.

—Me han informado al respecto.

—Al respecto, ¿de qué? —quiso saber.

—De cierto anónimo.

Bill Curtis perdió la serenidad.

No hizo falta más para que todo él se alterara, se agitara, se descompusiera.

—Yo le... le... ase...guro a us...ted... —empezó a tartamudear.

—¿Qué es lo que me asegura? —preguntó Leo Murray.

—Yo no tengo nada que ver con lo sucedido a Evelyn —tras contener su inicial tartamudeo, afianzó el tono—. Sí, yo escribí aquel anónimo, lo admito, lo reconozco... Pero otra cosa no puedo admitir, ni reconocer... La verdad es —agregó— que quise asustar al señor Ronald Wynn... ¡Me menospreció tanto, cuando me atreví a pedirle la mano de su hija! También había menospreciado, por igual motivo, a Jim Keene y a David Stone... De esto me enteré después... Pero yo sólo pretendí asustarle... Sólo eso...

—¿Está seguro? —inquirió Leo Murray.

De pronto, ante la alarmada expectación de los presentes, Bill Curtís sacó a relucir una pistola.

—¡Quietos todos! —exclamó.

Rosemary, Fred, Willis y Peter se quedaron verdaderamente envarados. Tan sólo Leo Murray se atrevió a dar un par de pasos hacia adelante.

—No haga tonterías —dijo.

—Si da un paso más, dispararé... —advirtió Bill Curtís.

Dicho esto, fue retrocediendo poco a poco hacia la salida de la salita. Después, de súbito, dio media vuelta y echó a correr a través del vestíbulo, desapareciendo fuera de la casa entre la niebla que se cernía en el exterior.

—¡Tenemos que seguirle! —exclamó Fred, el mayordomo.

—Sí —dijo Leo Murray, añadiendo—: Iremos en distintas direcciones. Así

será mucho más fácil dar con él. Quien sea que lo encuentre, que llame a los demás.

—De acuerdo —asintió Willis.

Peter se les quedó mirando, a unos y a otros, y preguntó con gesto alelado:

—¿Puedo yo ayudarles...?

—No es necesario —repuso Leo Murray, comprendiendo que estaba de más requerir su ayuda—. Fred, Willis y yo lo haremos...

Salieron de la casa.

La niebla se había hecho tan compacta, tan espesa, que a trechos parecía haberse convertido en una cortina. Las últimas claridades de aquel atardecer, morían de un modo deslucido, apagado, triste.

No había transcurrido aún el primer minuto, cuando sonó un disparo. Cerca.

Al poco se oía a Willis, al hijo jorobado de la infortunada señora Sutton.

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Aquí!

Guiados por la voz que les llegaba a través de la niebla, pronto llegaron el mayordomo y Leo Murray adonde su presencia era requerida del modo acordado.

—Miren... Miren...

Observaron.

En el suelo se hallaba muerto Bill Curtis. Se había disparado en la sien, levantándose la tapa de los sesos. La pistola permanecía entre sus dedos agarrotados.

—Ha debido comprender —dijo Fred— que ya todo era inútil para él, que estaba completamente al descubierto, que era preferible acabar de una vez...

—Sí, claro —asintió Leo Murray, sin hacer más comentarios.

* * *

Regresaron a la casa. A la salita.

Donde encontraron a Rosemary llena de zozobra. Peter también se mostraba preocupado, aunque respecto a él no era fácil saber en qué clase de inquietud se hallaba sumido. Su mente era algo realmente compleja. Una mente enferma.

—Aquí, hasta ahora, no han terminado de encajar las piezas —barbotó Leo Murray de súbito, y cerró la puerta de una patada y se encaró abiertamente con todos ellos—. No han terminado de encajar en modo alguno... Ahora ya sí...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rosemary.

—Que acabo de comprender la verdad... Esa verdad que hasta ahora ha permanecido agazapada como una mala bestia.

—Hable, hable... —dijo Fred, el viejo mayordomo, con vivo interés.

—Sí, hable —rogó Willis.

—Creí dar con esa verdad en seguida, al poco de haber llegado a esta casa

—repuso Leo Murray—. Por lo menos, con parte de esa verdad... Llegué a la conclusión de que, sabiéndose condenado a morir en la cámara de gas, Ronald Wynn había buscado el modo de vengarse de lo que le habían hecho a su idolatrada hija... Y, sí, me obsesionó un poco demasiado ese punto de partida... Así las cosas —prosiguió—, busqué a la persona a la que consideré idónea para ejecutar tal trabajo... No podía, pues, dejar de dar con la señora Sutton... Todas las deducciones llevaban a suponer, como ella misma lo confesó con su último y entrecortado aliento, que Evelyn era su hija...

Ante tales palabras, Willis se quedó blanco como un muerto. Más blanco aún.

Le miraron, para ver su reacción. Sólo se percataron de eso, de su terrible palidez.

—¿Qué dice usted...? —le oyeron inquirir, instantes después—. ¿Qué dice usted...?

—Pero mi suposición resultó errónea —siguió diciendo Leo Murray, sin responder a la pregunta de Willis, haciendo como si no la hubiera oído—. La señora Sutton era inocente, total y completamente inocente. Cierto, como asimismo ella lo confesó, que el señor Ronald Wynn quiso que fuera ella la vengadora de la pobre Evelyn... Pero, no, llegado el momento de actuar, ella no se vio capaz de hacerlo, ni tan siquiera de intentarlo... En absoluto... Entonces, ¿quién ha sido...?

—Si Bill Curtis ha huido, amenazándonos con su pistola, y luego se ha suicidado —apuntó el mayordomo es lógico suponer... Además, que si llevaba pistola, eso parece indicar que...

—Si ha huido —razonó Leo Murray—, si nos ha amenazado, ha podido ser, simplemente, porque se haya asustado demasiado... En cuanto a que se haya suicidado, yo sólo he visto que ha muerto de un disparo en la sien, un disparo que bien mirado ha podido hacerle cualquiera... A lo que ha dicho usted, Fred, de que llevaba pistola... No es indicio de nada... Era lógico, simplemente eso... ¿No estaban asesinando a los ex admiradores de Evelyn? Resulta natural que estuviera dispuesto a defenderse...

— ¿Adonde quieres ir a parar? —se angustió Rosemary.

—Además —puntualizó Leo Murray, siguiendo con sus razonamientos, ¿qué sentido podría tener que Bill Curtis eliminara a Jim Keene y a David Stone...? Ninguno.

—Para quedarse solo... —dijo el mayordomo. —Lo mismo digo yo —ratificó Willis. —Así hubiera tenido muchas más posibilidades de que no se le escaparan los doscientos millones de dólares de la señorita Rosemary —agregó Fred, el mayordomo.

—Para eliminar a sus competidores, a sus rivales de amor —habló de nuevo Leo Murray—, no tenía forzosamente que hacerlo con el hacha y del modo horrible y monstruoso que el culpable lo ha estado haciendo... De todo lo cual deduzco —sentenció— que Bill Curtis no tiene nada que ver, absolutamente nada, con el culpable que estamos buscando.

En esta ocasión, ninguno de los presentes intercaló nada. Todos quedaron en silencio, enmudecidos.

—Teniendo así colocadas las piezas de este macabro rompecabezas —prosiguió el joven periodista— recuerdo lo que, en cierta ocasión, me dijera la señora Sutton. Lo recuerdo perfectamente: "Un culpable que, por sus características en actuar, debe ser el mismo que se ensañó de un modo tan horrible con la pobre señorita Evelyn..." Y, sí, creo que en estas palabras estaba el verdadero fondo, el auténtico trasfondo de la cuestión... En efecto, ya no puedo dudarlo más, se trata de la misma persona... Ahora bien, ¿quién podía desear tanto mal a Evelyn Wynn, y a la vez vengarse de quienes sabía que eran inocentes...? Hay que dar, no queda otro remedio, con un hilo sinuoso y retorcido para llegar a esa verdad...

Un nuevo silencio entre todos ellos.

—Una verdad que al fin he comprendido, al ser tú, Willis, quien ha encontrado sin vida el cuerpo de Bill Curtís...—y encarándose decidida y valientemente con él—: Te interesaba que muriera y se llevara todas las sospechas y culpas tras sí, ¿no es eso?

—Yo..., yo —Willis se puso a temblar de tal modo, que hasta su joroba pareció moverse de un lado para el otro

* * *

—¡Sí, tú, Willis! ¡El único y exclusivo culpable de todo...! —Exclamó Leo Murray—. Qué, ¿te ha costado mucho pegarle un tiro a Bill Curtís y colocarle luego la pistola en su propia mano? Supongo que no, le cogerías tan desprevenido —y tras una pausa—: ¿Sabes desde cuándo empecé a desconfiar de ti, Willis? Desde el momento que me dijeron que, desde pequeño, tenías por norma rehuir sistemáticamente a todas las personas... Siendo así, ¿por qué conmigo te mostraste tan distinto, me saliste al paso en plena calle, me hablaste, e incluso me acompañaste a casa de Peter? Era otra pequeña pieza que se soltaba de las demás —y volvió a agregar—: Ahora adivino ya tus motivos, Willis, pero te agradecería que me los aclararas... Soy un hombre curioso... Debe ser por mi profesión, no puedo evitarlo...

—Si quiere que se lo explique todo, se lo explicaré... ¿Por qué no? —pero había dado un paso atrás, no sin antes coger a Rosemary por un brazo y arrastrarla tras sí. No sin antes dejar ver en su diestra la reluciente y escalofriante hoja de un cuchillo—. Si intentan cogerme, la muchacha morirá... Ya lo saben... Conque tengan cuidado.

—De acuerdo —repuso Leo Murray—, nosotros sin movernos. Pero tú dinos por qué lo hiciste...

Rosemary miraba al periodista, asustadísima.

La punta del cuchillo que sentía junto a su costado, a través de la tela de su vestido, no le gustaba nada.

Pero la mirada de Leo Murray infundía valor, confianza.

—Hablaré —dijo Willis—, pero después huiré de aquí. Huiré lejos y nadie conseguirá detenerme.

—Con un poco de suerte, quizá lo consigas... —le dijo Leo Murray. Pero imperturbablemente añadió—: Sin embargo, se da el caso de que cuando yo intervengo en cualquier asunto, la suerte siempre me sonríe a mí... Debe ser porque tengo un derechazo demoledor, las piernas ágiles como un gamo y una puntería a toda prueba...

—Todo eso no le va a servir —advirtió Willis— a menos que no le importe que Rosemary muera.

—Dime por qué lo hiciste —insistió.

—¡Yo odiaba a Ronald Wynn! —exclamó, ya sin poder contenerse por más tiempo—. ¡Le odiaba con toda mi alma! ¡Era mi padre y no obstante me despreciaba porque nací deforme, anormal...! ¡Sí, le odiaba!

* * *

—Hará unos tres años supe que Ronald Wynn era mi padre —explicó Willis—, hasta entonces mi madre me lo había ocultado celosamente. Pero aquel día mi madre me vio tan desesperado con mi negra estrella, que se sinceró conmigo... Me dijo que Robert Sutton, el que yo creyera mi padre, sólo había sido un hombre débil y enfermo que no tardó en morir de un extraño virus. Me dijo que no sufriera, que tuviera confianza, que mi verdadero padre, antes o después, comprendería lo injusto de su proceder y rectificaría, y entonces todo cambiaría para mí...

Jadeando, Willis se interrumpió unos segundos. Tras los cuales prosiguió exponiendo sus motivos y razones.

—Pero pronto había yo de convencerme, de que mi madre sólo sería aquí, en esta casa, una sirvienta... Ronald Wynn jamás le permitiría tener otra categoría, a no ser la de una simple y vulgar asalariada... Mi madre podía hacerse sus ilusiones, y me consta que se las hacía, pero ilusamente... Fue entonces, al convencerme de que mi negra estrella no cambiaría nunca, cuando empecé a darme cuenta de que odiaba a ese hombre, a mi padre, de un modo que se desbordaba siniestramente dentro de mí mismo... Y así llegué a sentir unos celos horribles, espantosos, incontrolables, hacia Evelyn... Hacia la hija mimada, idolatrada, que no dejaba para mí ni siquiera una migaja de cariño...

Se interrumpió otra vez.

Rosemary seguía sintiendo la punta del cuchillo junto a su costado.

—Se me ocurrió mutilarla —continuó diciendo—. ¿Acaso a mí no me despreciaba mi padre porque yo era anormal, jorobado...? ¡Veríamos qué pensaría cuando tuviera una hija en peores circunstancias que las mías, si es que lograba sobrevivir! Y actué, sí, sin miramientos... Vengándome a mí mismo y creyendo vengar a un mismo tiempo a mi madre, que se veía tan menospreciada por Ronald Wynn...

Esta pausa de ahora fue más larga.

Willis se había puesto a sudar a chorros. Parecía estar reviviendo el instante pavoroso, aterrador, en que con sus propias manos mutiló a Evelyn Wynn.

—Una vez vengado —reconoció, y la boca de Willis se torció en un gesto que quiso ser una sonrisa, una carcajada quizá, pero que fue sólo un rictus amargo, trágico, desolado—, una vez vengado... me sentí mejor, mucho mejor... Hasta que mi madre, que aquellos días había permanecido fuera de Mattersson, regresó... Entonces, al volver a casa, se abrazó llorando desesperadamente a mí, y me dijo lo que le había sucedido a Evelyn... Lo que, claro, toda la localidad ya sabía... No, no tardó en confesarme que también Evelyn era hija suya... ¡Entonces creí volverme loco!

Prosiguió poco después.

—Mi madre me dijo que me lo había ocultado, porque Ronald Wynn no quería que nadie, jamás, supiera que la hija era de ambos... Sólo a esa rigurosa condición, le permitía estar en la casa, permanecer al lado de Evelyn... No quería compartir con nadie, ni siquiera con ella, el cariño de su hija... ¡Ese cariño había de ser para él solo! Y mi madre se había resignado a que fuera así, pues su sacrificio equivalía a que su hija fuera rica, a que lo tuviera todo... Si de pequeña se la hubiera quedado para ella, sólo para ella, la hubiera condenado a la pobreza... No, no quiso hacerlo, y se la entregó a su padre... Y su padre no transigía, la acaparaba para él solo... Y así un año, otro, otro, hasta entonces... Bueno, sigo con los hechos —agregó Willis—. Entonces detuvieron a Ronald Wynn. Se habían encontrado pruebas de que había matado a cuatro personas, a los cuatro hermanos Greene... Se ve que éstos se enteraron, no sé cómo, de que mi madre era también la madre de Evelyn, y para cerrarles la boca para siempre... No, Ronald Wynn no estaba dispuesto a permitir que quedara al descubierto su secreto.

Otra interrupción.

Willis seguía sudando y jadeando.

Y seguía sujetando muy fuerte el cuchillo, cuya punta casi hería el costado de la muchacha.

—Lo más demencial, sin embargo, vino después... —continuó diciendo Willis— cuando a Ronald Wynn le condenaron a muerte y mi madre me dijo que ella tenía que matar a los ex admiradores de Evelyn... Matarlos a todos, único modo de matar al que envió el anónimo, pues éste había sido, estaban seguros, el que cometió tal monstruosidad con Evelyn... Yo quise persuadir a mi madre —añadió Willis— de que no podía hacer eso, de que la cogerían, de que acabaría también en la cámara de gas... Pero mi madre me dijo que no le quedaba otro remedio, que tenía que hacerlo, que tenía que obedecer... Y que lo haría, sí, del modo que exigía el caso... Mutilando, como hicieron con Evelyn, a sus ex admiradores

Ni respiración le quedaba al llegar a este punto.

Pero Willis aspiró varias veces, aunque entrecortadamente, y así consiguió

el oxígeno que estaba haciendo falta a sus pulmones.

—Yo sentía verdadera devoción por mi madre —dijo Willis—, el único ser de este mundo que había demostrado quererme de verdad... Por eso, al oír que se expresaba en estos términos, me juré a mí mismo que no le permitiría hacerlo... Si alguien tenía que ir a parar a la cámara de gas, sería yo, no ella... Por eso me anticipé a sus acciones, actuando yo en lugar de ella... Le había quitado una de las llaves que llevaba en el bolso, así que podía entrar y salir de esta casa con toda comodidad...

—Tú me tiraste tierra a los ojos, pretendiendo eliminarme, ¿no es eso? —preguntó Leo Murray en esta ocasión.

—Sí —dijo Willis, asintiendo a un mismo tiempo con la cabeza—, comprendí que usted iba a interceptarme el camino y eso no me convenía... Tenía que librarme de usted. Pero disparó y...

—Te di.

—Sí —repuso Willis—, pero sólo fue un simple rasguño. Con hacerme una brevísima cura y cambiarme de camisa, como si nada hubiera sucedido. En fin —zanjó—, ya está todo explicado. ¿Ha quedado satisfecha su curiosidad, señor Murray?

—Sí —dijo éste.

—Pues ahora, todos ustedes van a quedarse más quietecitos que nunca —les miró uno a uno con un brillo febril en sus ojos—. Déjenme pasar y dar tranquilamente con la salida... Va en ello la vida de esta bonita muchacha...

Rosemary miró implorante a Leo Murray.

Este le devolvió la mirada, como diciéndole: "Ahora no puedo hacer otra cosa que estar quieto, lo contrario sería demasiado peligroso para ti. Pero no te preocupes, te sacaré del atolladero. Puedes darlo por seguro".

Amparándose tras el cuerpo de la muchacha, que astutamente anteponía al suyo por si acaso, siempre con el cuchillo junto al costado femenino, presto a obrar si el caso lo exigía, fue retrocediendo poco a poco.

Nadie acertó a moverse. Tampoco Rosemary se atrevió a gritar. Ambas cosas, en ese momento, hubieran implicado un gravísimo riesgo. Era más sensato no correrlo.

Instantes después, Willis, obligando a que la muchacha le siguiera, desaparecía por los alrededores, entre la niebla espesa, compacta y tupida como una cortina, que ahora, a trechos, empezaba a convertirse en desgarrados jirones.

* * *

Unos jirones de niebla que abundaban en el interior del cementerio. Donde acababan de ser abiertos tres nichos, recibiendo cada uno de ellos su correspondiente ataúd.

El día estaba declinando rápidamente.

Las sombras de la noche empezaban a oscurecerlo todo.

Los presentes permanecían en pie, elevando una oración al cielo.

Entre éstos, se hallaba Leo Murray. Como si ya no se acordara de la huida de Willis y del bonito rehén que se había llevado consigo.

Por lo menos, confiando en que así fuera, Willis permanecía no muy lejos de allí, escondido tras unos cipreses, queriendo presenciar el entierro de su madre. A su lado tenía a Rosemary. El cuchillo, siempre junto a su costado.

—No te haré nada si sigues quieta y silenciosa —le había dicho—. Sólo quiero estar aquí un poco más.

Los ojos de Rosemary estaban muy abiertos. De miedo y de... esperanza. Acababa de darse cuenta de que Leo Murray ya no se hallaba entre los presentes. Había desaparecido como por encanto.

De súbito, la mano de Willis que sujetaba el cuchillo, se vio firmemente sujeta, inexorablemente detenida, por otra mano mucho más fuerte que la suya.

—Sabía que vendrías por aquí, Willis —dijo Leo Murray—. No me hacía falta buscarte por otra parte.

—Maldito... —masculló Willis al verse cogido de aquella manera tan tonta.

—Aléjate, Rosemary —y cuando ella le obedeció, miró de nuevo a Willis —. No me gusta esto de haberte cazado como a un conejo... Demasiado fácil... Mira, voy a darte opción a que te defiendas.

Le soltó la muñeca, dejándole el cuchillo en la mano. Después añadió:

—Vaya compensado tu defecto físico por el cuchillo que te dejo... Ataca si quieres, o huye si yo te lo permito...

Willis quiso atacar.

Quiso matarle, acabar con él.

Por culpa de Leo Murray todo se le había complicado del modo más amenazador.

Pero así que se lanzó rabiosamente hacia adelante, con el filo del cuchillo por delante, Leo Murray se le escurrió como una anguila, y luego, antes de darle opción a acometer de nuevo, le lanzó una pierna hacia arriba, y le dio con fuerza en pleno mentón.

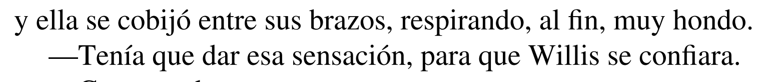
Willis cayó hacia atrás, pero sin soltar el cuchillo. En esto estribó su momentáneo triunfo, pues un poco más y a la primera hubiera quedado ya desarmado.

Volvió a ponerse en pie, y a atacar de nuevo, con deseos asesinos reluciendo en sus ojos.

Pero también en esta ocasión Leo Murray se le escapó, se le escurrió, se le fue de un lado para el otro, desconcertándole. Hasta que, cuando menos lo esperaba, le metió un derechazo en pleno estómago, que le hizo, no sólo soltar el cuchillo, sino retorcerse de dolor. Entonces, un golpe seco y contundente en la nuca y Willis cayó como un fardo. Su actuación había acabado.

—Rosemary. . .—se volvió sonriente hacia la muchacha.

—Por unos momentos me has hecho creer que te habías olvidado de mí —


y ella se cobijó entre sus brazos, respirando, al fin, muy hondo.

—Tenía que dar esa sensación, para que Willis se confiara.

—Comprendo.

—¿Te has asustado mucho?

—Digamos que un poco.

—Ya ha pasado todo.

—Sí... —y añadió—: Ahora sólo deseo irme cuanto antes de aquí, de Mattersson, y no volver en la vida.

—Has de quedarte todavía un tiempo más, si quieres que sean tuyos esos doscientos millones de dólares. Recuerda lo que decía la cláusula, tres meses aquí, ni un día menos.

—Sí, es cierto. Lo había olvidado.

CAPITULO XV

El director del periódico fulminó al joven con su mirada y dio seguidamente un fenomenal puñetazo sobre la mesa del escritorio, exclamando:

—¡No, no y no...! ¡No tiene usted, Murray, permiso para volver a Mattersson! ¿Acaso se imagina que le asiste el derecho a dejarme plantado cada dos por tres?

—Jefe, desconoce los motivos... Además, ¿acaso no guarda un buen recuerdo de mi estancia allí? Le escribí unos artículos sensacionales... ¿Lo ha olvidado ya?

—No, no lo he olvidado —suavizó un tanto su encono—. Pero esta vez no creo qué se trate de nada parecido...

—No, efectivamente. Se trata tan sólo de que tengo que ir a reunirme con la heredera de Ronald Wynn. Doscientos millones de herencia... Por lo visto lo ignora, jefe, pero voy a casarme con ella.

—¿Con la heredera de Ronald Wynn? —se había quedado verdaderamente perplejo.

—Ni más ni menos —afirmó Leo Murray.

—No puedo creerlo.

—Pues créalo.

—¡Qué suerte!

—Sí que lo es...

—Mi querido Murray —el tono del director del periódico se hizo azúcar derretida —, puede ir a Mattersson y tomarse todos los días que le hagan falta... ¡No faltaría más! Es un placer para mí ofrecérselos... Tratándose de su felicidad....

—¡Oh, muchas gracias, jefe! Confiaba en su comprensión —se dirigió hacia la puerta. Desde donde puntualizó—: ¡Ah, jefe! Me olvidaba de decirle que la heredera de Ronald Wynn no piensa aceptar la herencia... Va a destinarla a hospitales, o a asilos, o a algo parecido... ¡Hasta el regreso, jefe! —y cerró la puerta aprisa, antes de que su jefe le tirara algo a la cabeza.

Esta vez al volante de su coche, Leo Murray se dirigió a Mattersson. Donde llegó en muy breve espacio de tiempo, pues le encantaba poner casi a tope el acelerador. Marcar ciento veinte, o más, era una de sus debilidades.

—Vengo a buscarte. Quieres regresar conmigo, ¿verdad, Rosemary? —preguntó a la muchacha.

—Sí —sonrió ella.

—Y desde hoy siempre juntos. ¿Te parece bien?

—Sí... De todos modos, antes de que sigas declarándote, porque te estás declarando, ¿no es eso?

—¡Claro! —afirmó Leo Murray.

—Antes... tengo que decirte algo.

—Dímelo.

—He decidido renunciar a la herencia; a mí esos millones no me harían feliz... He pensado darlo todo para obras benéficas...

Esperó la respuesta de él. Que fue.

—Ya lo sabía.

—¿Qué es lo que sabías? —se sorprendió ella.

—Que ibas a renunciar a la herencia.

—¡Pero si no se lo había dicho a nadie!

—Bueno, pero yo lo sabía. Como tú sabías, Rosemary, que yo no podía casarme con una mujer tan rica... Yo sólo soy un periodista...

—Un periodista —dijo la muchacha, mirándole con tanto amor como admiración— que no tardará en hacerse famoso.

Mientras meto mis narices por todas partes para lograrlo, nos casaremos y seremos felices.

Se acercó a ella y la abrazó.

—De acuerdo —dijo la muchacha.

Y esperó a que él la besara.

FIN